



Joaquín Benito de Lucas
María Antonia Ricas
Jesús Pino
Elisa Romero
Mar Peces
Amparo Ruiz Luján
David Calvo Vélez
Enrique Galindo
María Dolores Calvo Cirujano
Juan Martínez Copeiro
Carmen Gil
José Pulido Navas
Carmen García-Lecua
Miguel Ángel Curiel
Joaquín Copeiro
Gonzalo Ramos Díaz
Vicente Bodas Chico
Alexander Doblado
Jesús Rubio
Isabel González-Tablas
Ana Isabel Rodríguez Ortega
Antonio Illán
Manuel Quiroga Clérigo
José Díaz García-Baltasar
Jesús Ortiz
Paco Morata
Javier Conde Pascual
Maritza Josimcevic
Felipe Hernández Ponos
Damián García Fente
Fernando Joya
Alfonso Cebrían Sánchez
Juan Carlos Pantoja Rivero

Ilustraciones: Juan A. García
José Morata Moya

HERMES

REVISTA ESTACIONAL DE POESÍA

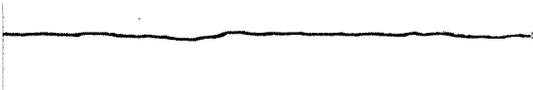
Hermes 13. Toledo. 1999
Revista Artesanal de Poesía
Dirigen y coordinan:
María Antonia Ricas y
Jesús Pino

Edita: *Hermes4*

Consejo editor:
Jesús Pino
María Antonia Ricas
Joaquín Copeiro
Juan Carlos Pantoja Rivero

Depósito Legal: TO-654-1995
ISSN: 1135-4801

Portada: Lucía Ruiz



HERMES

13



Invierno
Revista Artesanal. Toledo, 1999

JOAQUÍN BENITO DE LUCAS

LOS DOS PUENTES

I

Ni piedra, ni argamasa,
ni hierro, ni cemento, ni remaches
que dora el sol, ni cepas amarradas
con sogas de agua a la corriente olvidan:
Mil novecientos treinta y siete. España.
Una ciudad, dos puentes que atraviesan
de orilla a orilla el pecho de mi río,
cuerpo que huye, agua que se aprieta;
dos brazos maternos
que se levantan sobre el lecho
sonoro, dos fronteras
abiertas, paso franco
a tanto ir y venir de pies desnudos.

En medieval suspiro de dovelas
descarnadas, romana sillería,
el Puente Viejo. El otro puente, altivo;

cuerpo sonoro de metal fulgente
con arquería de plata.
Y los dos resistiendo
el óxido y la herrumbre de la guerra,
el bombardeo de los años, el
mal que da a la piedra la metralla.

II

Cuando abril despertaba
de su niñez, dos niños que volvían
de un frente sin soldados,
atravesando campos de paz, hospitalarios
pueblos, tierras de olivo, territorios
de aceite y flor de jara
se quedaron mirando la ciudad, los dos puentes
y el Tajo, herida abierta entre fusiles,
sin saber por qué lado
recuperar tres años de su infancia.

Volvían al calor de las plazuelas,
al ruido de las voces amigas, al encuentro
de los libros de texto deshojados
tras tres otoños de violento viento.
Iban a la ciudad llena de heridas
en el pecho, en los brazos, en la frente,
de mutiladas puertas, de balcones

profanados, de patios que vestían
su desnudez con flores amarillas.
Y no sabían por dónde
atravesar el muro transparente del agua,
-espejo de sus lágrimas que los puentes cruzaban-
para hilvanar los trozos
de su rota niñez tras esos tristes tres
años de guerra.

III

El mayor puso el pie sobre la espalda
dura y fría del hierro, tocó sus arcos, hizo
el primer paso y avanzó. Sus ojos
se llenaron de torres. San Jerónimo,
reptil herido al sol; Santa María,
una oración de la piedra en el aire,
el pecho de la Ermita, redondo y generoso,
convexa pila bautismal del llanto,
y un rumor de cigüeñas cantando por su frente.
Reflejadas
en el río ve casas solariegas,
derruidas murallas y la plaza
del Pan, plaza del dios de la miseria.
Avanzaba lo mismo que en un sueño,
tocaba el aire con sus tibios dedos,

pensaba en un pequeño pueblo y sus retamares,
en sus montes de leña, en sus hermanos;
soñaba en campos de aviación, volaba
subiendo por los arcos derrotados
de su infancia perdida.
Y en las aguas del río se miraba
igual que en un espejo roto
para olvidar que era un niño solo.
Y se escondía del miedo
que subía por su cuerpo con la humedad del agua,
cantando y sin saber
cómo encontrar su casa después de tanta guerra.

IV

El otro, más pequeño,
se fue por el camino que abrieron los romanos
-sin más legiones que sus once años-,
y que los caballeros medievales,
árabes y cristianos, transitaron
montados en caballos fogosos y violentos.
Él cabalgaba sobre su inocencia,
con su camisa blanca como estandarte, signo
de rendición; su espada, un tierno junco,
y su escudo la palma de su indefensa mano.
Ante él se escondía un pobre barrio
de pescadores, en cuyas ventanas

se asomaban los ojos redondos de los corchos
de los trasmallos puestos a secar, los testigos
de la pobreza.

Iba acariciando
el pretil de ladrillos
rojos, el cuerpo húmedo
de peces que saltaban a su paso, la suave
ternura de las altas golondrinas.
Mientras que por sus ojos un ejército
de ruidosos vencejos disparaban
al aire su piar de bienvenida.

V

Ninguno de los dos sabía cómo
llegar hasta la casa que se alzaba
al otro lado, donde la corriente
era un rumor de besos, donde el agua
se hacía canción, donde les esperaban,
sentados a la puerta de la orilla del río,
los que un día les vieron partir como veían
correr el río largo y lento
de la violenta España al triste Portugal.

MARÍA ANTONIA RICAS**ESPEJISMO**

Ese temblor que imita el sólido cariño,
ese destello
de una luz que el cristal
multiplica a tu lado
simulando que otorga un presente apacible,
un dios no muerto aún
bajo la espuela
del deseo.

Una ciudad lejana como un cuadro de Hooper
se refleja fingiendo su imposible presencia.

Vives al lado fiero
de los monstruos,
niña.

El pánico conoce tu estrecho comedor
y un príncipe cadáver te visita a menudo.

Quizá la hermosa trampa
refulgente
de los que todavía no te han tenido miedo
y te reclaman.

JESÚS PINO

DE IMITATIO

I

¿Es sombra Amor o es asombrada hoguera
que en incendio se inquiera más oscura?
¿O solamente es virginal blancura
que de tanto blancor para en ceguera?

¿O no es nada y a tanto se atreviera
que a ser todo llevara su impostura?
¿Cómo entender, Amor, tu descordura
jugando al sí y al no de igual manera?

Si eres pasión y luego ya no eres;
si eres herida que a sí misma hieres;
si olvidas para dar vida al olvido;

si luz o sombra o nada o todo fueres,
engáñame con tu traidor latido,
que en tu verdad, Amor, tendré sentido.

II

¿Dónde la Burla si esnifó la risa
del estreñido polvo provinciano?
¿Dónde Narciso enjabonó a Narcisa
la pudibunda gloria de su ano?
¿O dónde ahorco la lírica a su hermano?
¿O dónde el palabrón cantó su misa?
Tanto verso bastardo nos asola
que leo con la mano en la pistola.

III

Del Amor sólo espero
amor de cielo azul y sosegado,
amor en calma, amor domesticado,
cálido amor de lumbre.
Ni más tormentas ni más aventuras
le pido a sus ternuras;
que sólo quiero amor de mansedumbre,
amor hecho costumbre
de amor entretejido:
dulce y paciente y fiel amor de nido.

ELISA ROMERO

... sigues el curso lento y fluido
acequia adentro,
vertiendo las últimas gotas
-nunca las últimas-
de tu agua morena
en el brillo largo
de tu otra misma mirada,
en el eco alto
de tu mismo otro silencio.

Y aguardas
al pájaro solo con dos alas.



Ya antes, mucho antes
del volcán y del viento,
de las verdes arenas
durmiendo su sueño de duna
entre olas de piedra
(ceñida al talle
 la sierpe gris y cieno)
antes.

Mucho antes
de unos ojos rodando su anhelo
por las formas prohibidas
de mi cuerpo;
mucho antes.

Antes
de las nieves de junio
y de los besos púrpura
de la luna de invierno
ocultando
-entre flores de roca y de pez-
las rubias caricias;
antes.

Mucho antes
tú vivías conmigo
en un pliegue de luz y de aire
de un tiempo sin alas ni fronteras.

Y yo esperaba. Aún espero.

**Tu voz de viento
acaricia la arena
de la playa sin nombre
de mi memoria...**

**Pesa en el aire
el vuelo gris y denso
de una gaviota**



*con la mirada
dibujaba palabras
que nadie oía...*

sólo los pájaros

mientras los perros urba-
nos mastican sopa de asfal-
to en los embozos de sábanas huérfanas
y lagartijas de pie-
dra pueblan las paredes lisas
de los sueños,
sólo las aves
escuchan mis palabras contra el agua...

*una alon-
dra de sal de-
rramada en la ausen-
cia del jilguero un co-
librí de arena en el a-
liento de los papagayos
un ruiseñor tendido en el zureo
mientras la madrugada
se clava espuelas de sombra
montando lúbrica noche desnuda
y luciérnagas de escar-
cha prenden clamores de luna
en los párpados,
sólo las aves
gris de las
palomas ver-
tidas en plumas
de oropéndola el vue-
de un zorzal llora al cón-
dor en alas del halcón tri-
nos del mirlo por el chiar de u-
na gaviota las avefrías y
los patos nadan nieblas
de amanecer
bebiendo mis silencios en el agua
sólo las aves.*

MAR PECES

VALSE EN MI MENOR

Nos amamos
como deben amarse los padres y los hijos.
Hay un rencor callado
que te deja volver hasta tu casa.
Pero es tan suave el vino que bebemos
que la monotonía no recuerda a Baeza
y hacemos un escudo con su ordinario brillo:
una parte
de amor casi filial
-no puede ser más pulcro su egoísmo -
y otra parte impaciente,
rastros de tiranía en el relato.



AMPARO RUIZ LUJÁN

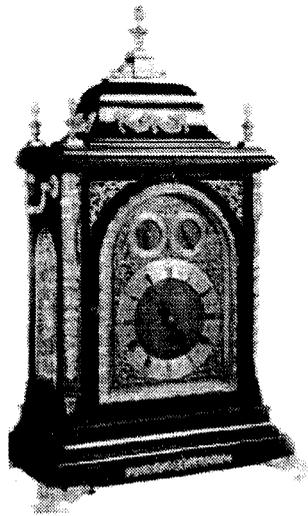
Mientras araño los días
aún me queda en las uñas
una tarde de noches,
de cortinas, de frío,
de puertas y poemas,
de prólogos que sugieren límites heredados
de un otoño sin ti.

Desnudas mi alma y mis caderas
hasta esa altura absoluta
de un verbo que conjuga placeres de contactos,
de aridez y fatiga,
bajo una sinfonía de pobreza escoltada
que no está en enciclopedias.

Hoy paseo mi amor irreverente
por una España negra vestida de hojalata.
Y sé que el mundo estará huérfano
si te busco entre las sábanas
y sólo encuentro esqueletos mancos
detrás de los incendios.
Sólo quiero caracolas infieles al dolor,
escupir soledades,

emborracharme de nucas y tobillos,
aunque la muerte se enrede en mis pasos cotidianos
y fantasee la noche con su color de tarde envenenado.

Cuenca, 4-12-98



DAVID CALVO VÉLEZ

I

Eres más que la vida.
Te detienes
extranjera en las sombras
anónimas del cuerpo,
como un delirio en tierra propia.

Finges los días y las noches
donde otros labios te conforman
más allá del deseo.

Te duele la verdad de los que han muerto,
el modo en que el latido se traiciona,
el corazón que se deshace en lluvia.

Y no sabes
cuánta inocencia queda de aquel amor robado,
cuántos ojos se cierran al verte enamorada.

Parte de nuevo hacia el origen de tus sueños,
donde tu espacio se inunde

de palabras que nunca conocieron
la ingratitud del aire.

Porque eres más que principio, eres encuentro,
promesa que se funda de promesas,
canto final
que reniega de sí mientras compone.

II

Tu música es quien habla, no el lenguaje.

Como arte supremo no conoce
la derrota del verso, condenado
a ser pobre en el reino
de la abundancia.

No necesita entendimiento, ni gesto que sustente
su tristeza, su cólera, su risa.
No tiene fin, ni causa, ni sentido;
tan solo significa.

Pero entonces
simplemente penetra, pura y sin origen.

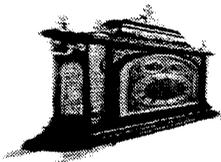
Partiendo del silencio
tus notas se derrumban, como puertas

que dan en el vacío, donde callan
y vuelven a caer.

Son formas discontinuas
que abarcan lo inmediato y lo tangible,
y llegan del recuerdo a darnos cuenta
de esta verdad que acaba en el instante.

La voz que, paralela a su sonido,
circula persiguiendo la inocencia
responde a una pasión, a un eco en vilo,
a un sentimiento extraño, no culpable.

No hay apariencia en ella, no hay nostalgia;
sólo la voluntad, el largo viento,
sólo el dolor que enciende nuestra ciencia.



ENRIQUE GALINDO

ÁNGELES CAÍDOS

Ángeles caídos buscan mi estima,
me repelen de día,
me ocupan de noche.
Traen fieros árboles imantados
de estoicismo.
Ciegan el aire de los párpados
imitando al salvaje viento del invierno.

Han cabalgado sobre mi lomo en luna nueva.
Ocre y verde su color en la distancia,
rojo vivo en la presencia.
Su ritmo es de los tambores de la guerra.
Esperan muertos.
Mienten fuego.

Ángeles caídos me espantan
a medianoche,
en mitad de la ternura.

COLLAR DE VIENTO

Con las palabras de los débiles
hilo un collar de viento
y pienso ponerlo al cuello
del espejismo
de los días inciertos.

¡Se me rompe el viento!
Con las cuentas del collar incierto
recojo las aguas del mar de los anhelos,
por si me llama algún alba el grito de los justos
y no me encuentra ni teñido de persona.

Con las palabras de los débiles
hilo un collar de cuentos,
por si no saben hablar
y fuera urgente inventar
la risa.

MARÍA DOLORES CALVO CIRUJANO

A Chui

Un miedo salvaje
aspa la víscera
de gozos ajenos
a tu dolor mudo.

Atroz tu incógnita
se expande. En silencio,
un bulbo gigante,
misterioso, llena

de lirios azules
el cielo de Oviedo.
Sin embargo, un viento
furioso recuerda,

con rugido firme,
una inercia justa
de naturaleza
sabia recreada.



DE LA HABANA HA VENIDO
UN BARCO CARGADO DE

(Juego infantil)

A mi hija Gabriela.

Polvo de azúcar sobre mi frente.
Diez horas de avión, a duras penas,
-en la larga espera sobre mis sienes,-
detienen una lágrima
en la que escondo mi beso.

El beso que bendice tu libertad
en infinitas playas del Caribe.

Tu piel se humedece de calor
y de tu Sueño,
que ahora sumas y yo resto
con el agua y la espuma
de las olas de tu Habana.

Y sonrío cuando la luna me abandona:
cuando tu carta y tu fantástica alegría
cantan el nombre de todos los horizontes.

20 de agosto de 1998.

EN GRANADA

A Bárbara

Entre olivos, naranjos y murallas,
en igual pensamiento proyectadas,
-miradas y palabras calculadas-
tu voz y mi amor tejían sus mallas

entre olivos, naranjos y murallas.
-Decías- con las manos anudadas
por debajo de ilusiones quebradas
« -¡yo no tengo estrategias!»

¿Y batallas?

Esas sombras profundas nazaríes,
¡negro terciopelo que tú embelleces!
si bordean tus ojos y no ríes

con las abiertas risas de otras veces
al mañana inmenso de tus síes,
¿no sientes lo mujer que me pareces?

CAMINO DE LA VIÑUELA

A ti

Ella: apuntó el camino.
El: acentuaba curvas
como ingles inventadas.

Cuervos vivos graznarían.
En gallarda la sierra.
El embalse era un trozo

del mar en verdes y azules.
Gallarda la sierra acoge
sobrios olivares grises;

blancos, las paredes blancas,
pueblos blancos salpicando
la hermosa presencia errada.

Por asociación de ideas,
Vélez, por la prisa tonta,
muro es pues el mar aleja.

Ella: apuntó a la sierra.
El: de la autopista hizo
flecha escondida en guerra.

JUAN MARTÍNEZ COPEIRO

I

Vas a morir, Señor, crucificado
y es muerte de condena. No es un lujo
morir de esta manera. Te redujo
el rechazo a tu amor manifestado.

Vas a morir de todo despojado:
del amor de tu Padre, que condujo
tu vida. La indigencia te sedujo
del hombre en el vacío abandonado.

Con los brazos abiertos en anchura
sin límites -abrazo silencioso
que supera los tiempos, las edades-,

el Cosmos sostenido en tu ternura,
el primer sacrificio es, amoroso,
ofrenda en soledad de soledades.

II

¡Cómo duele en el alma la tibieza!
Es duro este deseo incontenido
de abrirte el corazón, Señor, dolido.
¡Cómo duele en el alma la pobreza!

¡Cómo duele en el alma la tristeza
de querer olvidarme! Y no me olvido
de este dolor que brota decidido.
¡Cómo duele en el alma la indignancia!

De plenitud en una noche santa,
en la que se me ofrece hasta la hartura,
¡cómo duele en el alma sin fervor!

¡Es tan grande el deseo, el ansia tanta
por llevar de mi amor a su ternura!
¡Cómo duele en el alma este dolor!

III

Se alarga de un milagro la esperanza.
Se alarga hasta la vida, hasta la muerte.
Se hace dura la espera por tenerte.
Brotó espontánea la desesperanza.

Comienza otra batalla. Mi alma alcanza
la duda de la fe. Toda se vierte
en el deseo ardiente de quererte
y este deseo renace la confianza.

Sólo tu amor me puede sostener.
Sólo tu amor podrá templar mi alma.
Sólo tu amor me puede entretener.

Sólo tu amor mi amor ardiente calma.
Sólo tu amor de amores me descarga,
en esta espera oscura, espera larga.

Seguidillas

Color azul de vida
 tienen los lirios.
 Gozos de la mañana
 cantan los mirlos.
 Música y baile.
 Luces de primavera
 sueña la tarde.

Las acacias se adornan
 de ramilletes
 blancos como la luna,
 blancos de nieve.
 Música y baile.
 Luces de primavera
 sueña la tarde.

Comienzan los trigales
 a despertarse.
 Mágica alfombra verde
 cubre los valles.
 Música y baile.
 Luces de primavera
 sueña la tarde.

Romero y amapolas,
 jara y tomillo.
 Risas de enamorados
 por los caminos.
 Música y baile.
 Luces de primavera
 sueña la tarde.

Campanas toca el viento
 por la alameda
 anunciando la boda
 de cielo y tierra.
 Música y baile.
 Luces de primavera
 sueña la tarde.

Mejorana y cantueso,
 aroma ardiente.
 Lavandas y retamas
 por ti florecen.
 Música y baile.
 Luces de primavera
 sueña la tarde.

Rocío por la noche,
 de madrugada.
 En las hojas se mecen
 las perlas claras.

Música y baile
luces de primavera
sueña la tarde.

Romances de jilgueros
en las choperas
alegran los arroyos
y las riberas.
Música y baile.
Luces de primavera
sueña la tarde.

Y tus amores
corren por los caminos
entre canciones.
Música y baile.
Luces de primavera
sueña la tarde.



CARMEN GIL**AUTORRETRATO**

Deambula un complejo,
 trasnochado,
 fantasma de ilusiones
 y quimeras,
 callado, taciturno,
 a veces triste,
 a veces apagado
 solo, a veces, cansado
 y soñoliento siempre.

Camina cabizbajo,
 indiferente,
 hundido en un desierto,
 en un ambiente,
 de extrañas siluetas,
 de restos animados
 y buitres sonrientes.

Camina el desencanto,
 tras una nube azul
 que resplandece.
 ¡Espejismo fugaz!.
 ¡Muerte!
 Perdida la esperanza,

luchando por la luz,
 ciega, demente,
 camina dando tumbos
 la nostalgia
 huyendo de la gente.

Y el pobre amor,
 sediento,
 rasgado en mil jirones,
 ¡delira suspiros de

[silencio!...

Abúlico complejo,
 desencanto siniestro
 esperanza fugaz
 nostalgia, viento;
 tic-tac tic-tac.
 Silencio.

JOSÉ PULIDO NAVAS

PLAZA DE MERCADO

*... «Este lugar -lo sé- nunca es el mismo.
Solo mi ser cambiante permanece.»*

J. Siles

EL VIAJE

Enredado en los velos azules
de la noche, en su leve caricia
de algas y de niebla, alcanzo los bordes
remotos de este vaso, donde el tiempo
arruina en alcohol sus oleajes.
Refugio en esta mesa mi fatiga:
Es otra sala de espera en el andén
de la estación, un cruce de caminos.
Llegar al fin o dar el primer paso
es solo una cuestión de perspectiva
mientras el tiempo lanza sus trenes
al olvido. Vivirse, estar aquí
parece ser bastante; no es precisa
otra razón para este desafío
que al corazón le dio su vuelo humano.
No importa que el retorno nos arroje

de su borde lunar las negaciones
a un hogar de cenizas encendidas
por el suave esplendor de la memoria.
Sé que todos los caminos naufragan
en este vaso. En su mar diminuto
se acaban las distancias y bebes.

CALLE DE LA INFANCIA

Hablo del blanco incendio de mis calles,
sus redes de cal que atrapan el cielo,
lo reducen a una línea esencial
y pura, frontera azul de los tejados.
Hablo de un camino escueto en el libro
de lecturas por el quise huir
al pueblecito de alto campanario
y casas de ventanas grandes, lejos
de las horas de estudio, atrapadas
como aves en la esfera del reloj.
Hablo sobre los juegos más ocultos
y la caricia de sus heroínas,
los nombres perdidos, a la deriva
por un mar de herrumbroso memoria;
sus cartas cerradas amarillean
en la noche sin luna del armario.

Hablo sobre un rayo de sol y el agua,
el prodigio que anuncian si regreso
al incierto dominio del instante.
Una clave despierta la emoción,
quizá la inventa en los yermos países
del exilio y el afilado borde
de un presente que a sí mismo se ignora.

PUERTO DE NOCHE

Los portales cierran sus ojos de piedra.
No el sueño, el tiempo los hunde
sin prisa en la ría.
El pueblo que descendió de los bosques
se acomoda en la arena, junto a las barcas
que parecen dormidas desde siempre,
antes que el mar llegase a estas orillas
cansado de no encontrarse fin.
Al pueblo lo iluminan pocas luces,
pero nada duerme en las calles estrechas
o en los hombres que esperan la partida.
El mar es un verbo, un lenguaje
de acróbatas sobre el abismo,
un pacto de sangre inmemorial
que el pueblo nunca se atrevió a romper.

Este es el puerto, la víspera,
la noche expectante antes del viaje.

CEMENTERIO DE REYES

Cuentan que en esta iglesia coronaban
a los reyes del hierro y de los bosques.
La ría no está lejos.
Presiento el mar.

Y late

bajo la suavidad de estas laderas.
Un sol tibio desordena la bruma
y un buey rojo pasea su cansancio
entre tumbas sepultadas por la hierba.

Una niña abrió la puerta.
Como si brotara de algún tiempo lejano,
refugiado en las piedras herméticas.
Guardiana del silencio,
de quienes envainaron sus nombres guerreros
para dormir al borde del camino,
para ser frontera entre el mar
y las raíces del bosque.
Su corazón, memoria de la tierra,
peregrina las conchas del olvido.

CARMEN GARCÍA-LECUA

LA RELIGIOSA

¿Cómo podré besarlo hasta morderlo
si su nombre
es un dios que no se pronuncia porque
no tiene templos
donde hacer de su carne
vino y pan, hematíes que se vierten
al músculo sabroso?

Oh, qué quieta
yo me hubiese quedado al conseguirme,
qué deliciosos chicos
hubieran envidiado mi montura,
su despejada frente en mis mandíbulas
y luego estar hambrienta por abajo.

No odio el azar del ansia
mientras me enrosco en mi capullo y duermo...

Será en la primavera cuando diga
su apetecido nombre,
cuando se paralice y me suplique:
«cómeme

para que continúe este misterio,
bíbeme
para que no te sacie mi regalo’.

ANONIMATO

La huella de mi pie tuvo su instante
igual que la pisada del hombre de la Luna.
Se aquietó la ceniza, el dios volvió su rostro
hacia mi rostro
y ardieron mis palabras
enterneciendo el pecho joven de los guerreros.

Pero al viento le gusta divertirse:
lame la imperturbable dureza de basalto
y nacen nuevas playas con su fuego vencido.

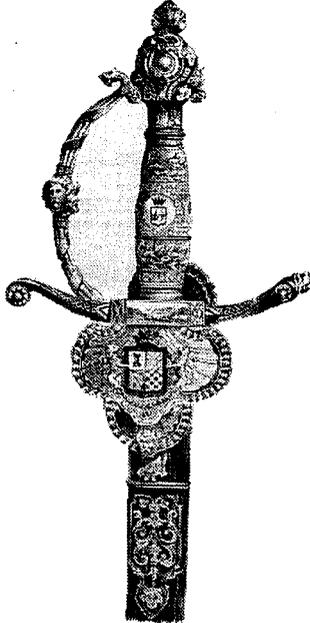
Figúrate qué rápido bailó sobre la huella
de mi pie.

Ni escuchaba
mi feroz disputa con el olvido
ni atendía el agobio de los viejos guerreros.

Ahora nadie sabe que alguna vez anduve
junto a un dios invencible. Que mi voz mantenía
la ilusión

de un rastro no del todo pasajero.

Ahora arrastra el viento mi nombre, un remolino
casi alegre visita mi morada
y no conoce nadie
que estoy viva
y el viento no repite lo que robó a mis manos
y me estoy ocultando aunque estoy viva.



MIGUEL ÁNGEL CURIEL

POEMAS DE MEDIA TARDE

7

Me mido en los álamos del Barrago y sé que siempre seré
mas bajo que ellos, también amo estas tardes por su luz
fría

y por la tristeza vegetal de los sarmientos y las higueras.

Me comí la fruta solar

 y meé a campo abierto de cara al poniente.

Ahora los árboles enloquecen y los pájaros se quitan las
alas.

-el sonido seco del río y la humedad del corazón-

Por cada peca de la hija del silencio una estrella.

Mi casa ahora sólo tiene un rincón como el universo,

pero acaso sientes que amar así no es suficiente

y que te gustaría oír la lluvia sobre la hojalata

a pesar del otoño en el que cae hasta lo caído

y de la altura del corazón no correspondido.

8.

Días que habéis pasado lentos, os digo
que ya no tengo frío, os digo que es así la vida
y que acaso no podría ser ya de otra forma.
Cada tarde he cerrado los ojos como se cierran las venta-
[nas
y he abierto las ventanas como se abren los ojos,
y si he respirado profundamente
no ha sido para soliviantarme,
sólo he querido sentir el profundo olor de la tierra
de la leve y fría tarde y eso ha sido suficiente
para comprender tantas cosas.
La enredadera trepó por mis ojos y se me acumuló
tanto silencio en la mano con la que escribo
que acaso no estaré desmintiendo esas palabras
que a fuerza de vivir se hicieron viejas.

9.

¿Queréis saber cómo es la tristeza?
¿La tristeza melancólica de los álamos que sujetan el cie-
[lo?
Es eso que con palabras sencillas tengo que decir
y un nudo en la garganta no me deja,
ya sé que no digo muchas cosas durante estas tardes frías,

pero tampoco es necesario decirlas,
únicamente mantengo en pie la risa
y la alegría vertical de estar viendo las hojas caer.

10.

He encendido la leña con torpeza,
como siempre y he hecho un nido
con mis dedos duros para mis ojos.
Noviembre, a ti te digo esto, no tengo a nadie a quien
decírselo de esta forma, sé que mi piel me guarda como
un pez,
vengo casi de morir.
Detrás están las montañas, intento no equivocarme de
mediodía
pero estas palabras deberían ser si acaso un poco más
dignas, aunque sólo fuera un poquito.



JOAQUÍN COPEIRO

RELATIVIDADES

I

Hay segundos que parecen años,
o siglos, o milenios,
eras,
qué sé yo,
y se te incrustan en el hígado
como astillas bajo las uñas,
y huelen a cloroformo
y a alquitrán de autovía o a gasoil de puerto,
a miedo,
y queman como un alma en carne viva,
como un témpano en la niebla,
como un sueño roto por la migraña,
como un vómito,
como un choque de trenes
-dolor gélido, vaho de sangre y grito-,
como una patera sin playa a que aferrarse.

Es el tiempo de la espera,
no de la esperanza.

Hay segundos, en cambio,
que son como reactores
y dejan estelas espumosas
-alas de ángeles-,
un olor a rosas y a césped humedecido,
y un sabor
que te pega la lengua al paladar
-de tanto gusto, Dios, de tanto gusto-,
que son inaprehensibles,
fugaces, ay,
como lo que dura un beso
o un café con leche,
o sea,
segundos sin más,
sólo segundos,
abrazarse en una arena sin guardias civiles.

Puro placer:
mi vida por un segundo.

II

Dicen que la distancia es el olvido
cantaban en aquel tiempo,
y que llegó un rey nuevo
en estado de gracia
dicen todavía en la tele,
hijo de un general tripudo y con bigote,
de la mano de un sayón con la cara acartonada,
maniquí enlacado, cortés y de media sonrisa,
y que dijo,
el rey como un dios,
hágase la luz.

Entonces todos perdieron el culo,
como suele decirse,
para ocupar los primeros pupitres,
has sido tú, no, yo no,
y tú, no, yo tampoco,
ni tú, por supuesto que no, majestad,
faltaría más,
habrá sido el pueblo,
no seáis necio,
el pueblo se ha quedado fuera,
o es que no veis que estamos solos,
apostilló el sayón.

Por las noches,
un anciano cualquiera no podía dormir
porque los veintitantos años de cárcel
le habían dejado las neuronas achicladadas,
y ahora, además,
se veía rodeado de corbatas por todas partes,
también las de sus hijos,
que se esforzaban en borrar sus huellas,
y también mis hijos
los que me traen la tartera al penal,
toma, de tus hijos,
gracias, carcelero,
mientras el rey se enorgullece de sí mismo
en el hemiciclo de los prebostes.

Por las tardes,
uno de tantos adolescentes
revisa con el dedo las fotos de sus padres,
aquellas barbas,
me hubiera gustado estar allí,
los vaqueros, las panas, el pelo largo,
mientras escucha ensimismado
un viejo disco de Paco Ibáñez,
que encontró arrumbado en el trastero,
hasta enterrarlos en el mar.

Abuelo, ¿y el rey?

Lo echamos hace tantos años
-yo, un chaval,
le tocaba las nalgas a tu abuela
en el hueco de la escalera-,
que ya casi ni me acuerdo.

III

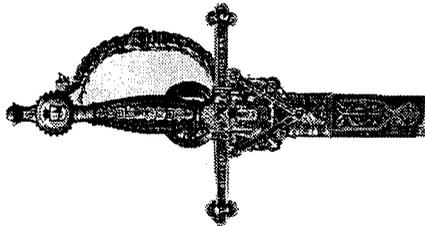
Otra vez los dioses andan retozando
y expelen sin pudor sus hediondos miasmas,
agónicas defecaciones de barro y fuego,
que caen como hirientes cristales
en las gargantas de niños sin escuelas,
el hambre por almohada
y una manta de muertos con que arroparse.

Desde arriba,
nada es más que el malvado cobijo
del dictador más sanguinario de la Historia,
o puede que un páramo infinito de reptiles:
al fin y al cabo,
un pueblo sin tierra y sin inversiones en bolsa
no es un pueblo,
y qué más da si agostamos a sus hijos
con la fuerza bruta del viento y del agua,

y quinientos misiles de barbarie más o menos.

El Papa rompe su billete de avión,
que ya no hay una Cuba que valga la pena,
y se asoma otra vez
al balcón que da a la plaza de San Pedro
para recoger su diaria ración de aclamaciones.

Desde abajo,
se busca protección en las mezquitas
y en las iglesias centroamericanas,
que hemos tenido suerte,
gracias a Dios,
que estamos todos vivos en esta familia,
y en Roma o en La Meca ya han rezado por nosotros.
Es verdad que no entendemos nada,
ni este pedrisco de guerra y destrucción,
ni este formidable viento
que arrasa todo cuanto no poseemos.
¡Pero estamos vivos!



GONZALO RAMOS DÍAZ

SINFONIA DEL VIEJO MOLINO

(del libro «Romances y Caminos»)

En un bardal canta un gallo
de plumas color naranja.
En el lavabo del cielo
el alba lava su cara.
La moza peina su pelo
asomada a la ventana.
Ya muele el viejo molino
harina de madrugada
y un blanco caballo rompe
collares y perlas blancas.

* * *

-¿Por qué te vas otra vez?
¿Por qué te vas a las plazas?
Vente a mi viejo molino
entre claveles y cañas.
¿No sabes? Ayer llegaron
mis golondrinas tempranas,
levitas de plumas negras,
pecheras almidonadas.

* * *

El mozo se fue otra vez.
El mozo se fue a las plazas.
Por un camino de pinos.
Por un camino de plata.
La niña maldijo al viento,
al viento que lo llevaba.
La niña lloró en silencio
de bruces en la ventana.
Presagios de manos negras
su carita golpeaban.

* * *

El viejo molino muele
ausencias y harina blanca
Se fueron las golondrinas
de pechera almidonada.
Se fueron las golondrinas
y el mozo no regresaba,
por el camino de pinos
por el camino de plata.

* * *

-¿Qué flor de loto te dieron,
mi mozo, por esas plazas?
¿Qué esfinge de blancos brazos
tu cuello moreno abraza?
¿Qué ojitos son tus espejos
y qué senos son tu almohada?
¿Qué flor de loto te dieron,
mi mozo, por esas plazas?

* * *

Molinera del molino
amarilla se quedaba,
como las flores de eneldo,
como la mies de las parvas.
Ocultas voces de niño
en sus entrañas la llaman.

* * *

No han sido los toros negros.
Ni el aplauso de las plazas.
Ni las flores que le tiran.
Ni la gloria que le abraza.
Dicen que fue una marquesa.
Dicen que fue una alta dama,
la que cerró con cien llaves
el caminito de plata.

* * *

La traición se la contaron
una tarde fría, parda,
de viento triste, silbante,
debajo las nubes cárdenas.
Cuchillos envenenados
en sus oídos se clavan.
Viejas brujas se reían
en sus escobas montadas.

* * *

-¡Cuidado moza, mocita!
¡Detente, mi moza blanca!
¿No ves la acequia ante ti?
¿No ves sus aguas moradas?
¿Por qué persignas tu frente?
¿Por qué tu cara está pálida?
¿Por qué acaricias tu vientre?
¿Por qué miras fija al agua?

* * *

Un grito sin saber dónde
dejó a la noche asustada.

* * *

La acequia gimió un momento.
Después se quedó callada.
La moza se hundió en la noche
sin fondo, crucificada.
Un serafín no nacido
en sus entrañas, lloraba.
Turbio se puso su cuerpo
en el cieno de las aguas.

* * *

En mi romance quedó
toda blanca, blanca, blanca.

Primavera de 1948



VICENTE BODAS CHICO

RETRATO

Contemplando ese viejo retrato, vi, de pronto
que me estabas mirando dulcemente
desde la claridad inmensa de unos ojos
de muchacha olvidada en la distancia de los años.
Cómo recuerdo ahora tu pequeña figura
florida, vital, adolescente
tus finísimas manos que tocaba
estremecido, ansioso, ingenuamente;
tus labios entreabiertos que me hablaban
insinuando tu paisaje ardiente.
¿Dónde estarás ahora? Acaso muerta
en un cementerio con pinos y cipreses;
resucita y ven de la frontera
que separa la vida de los sueños,
vuelve a mirarme tierna
desde ese viejo retrato, vivamos ahora
aquel amor adolescente en otra primavera.

NOCHE ESTRELLADA

¡Qué noche esta noche!
Estoy mirando al cielo,
bañándome de luz el alma
y el cuerpo
con polvo de estrellas
y silencio,
mojando el corazón
en el deseo.
¡Qué noche esta noche
en la que tengo
sujeta la tristeza,
porque quiero
penetrar la belleza
y detener el tiempo.

NO ME PESA LA ESPERANZA

A esta altura de la vida
mi casa esta sosegada,
no busco nada,
repaso los paisajes y los días
desde el balcón de mi alma:

los caminos recorridos
y los sueños del viaje,
los rostros familiares,
los gozos y los pesares;
aunque me pese la vida,
no me pesa la esperanza.

VIVIR EL DESTINO

El ocaso rueda no sabemos donde,
como la flor que brilla un día
y a la tarde perece.
Dura y hermosa tarea
la de vivir el destino
con libertad recortada,
cuantas preguntas quedaron
en el viento amordazadas.



ALEXANDER DOBLADO

Noticias

El mundo nos llega a través de los telediarios
escuetos documentos de una cotidianidad terrible
pero las noticias son como las mariposas
relucen un día y luego ya no existen
mientras el desastre continúa:
El vertido de Doñana ya no es noticia
pero siguen muriendo aves y peces
Chernobíl ya no es noticia
pero en la zona nacen niños deformes
y los cultivos que sirven de alimento
llevan consigo la muerte
El último petrolero encallado no ha vuelto a ser noticia
pero ha dejado un incurable desierto negro
en un trozo de mar que antes era el paraíso.
Las noticias se pierden en el trasiego burdo de la
[cotidianidad
en la triste elección que busca lo sensacional
lo que venderá más perfumes y coches en los cortes
[publicitarios
Mientras mueren ríos y mares
y arden bosques enteros

dejándonos ese paisaje de desolación
cada vez más común y cercano.
Pero compramos coches potentes y teles panorámicas
para olvidar eso que tal vez nunca hemos sabido:
Nosotros también estamos muertos
morimos hace mucho tiempo
cuando olvidamos que la naturaleza no es algo salvaje y
[lejano
sino una parte dormida de nuestra propia esencia
un miembro más de nuestro cuerpo.

Hachas

Primero fue el hacha y me parecía justo
el hombre tomaba en su justa medida y esfuerzo
cada árbol que necesitaba
Pero los hombres crecieron En número no en espíritu
y con su número su ambición se hizo grande.
Y luego llegaron las motosierras y los incendios
[«fortuitos»
y los bosques ya nunca más fueron los mismos.
Los hombres ya nunca más fueron los mismos
El hacha hoy enmohecida Vendida como antigüedad
nos recuerda que algún día hubo equilibrio
entre el depredador que somos y la frágil naturaleza que
[nos rodea.

JESÚS RUBIO

NOSTALGIA DEL SAUCE

Se mece el sabio sauce
con cierzo de luz ebrio. El jilguero,
sobre el dormido cauce
añora del herrero
los ecos que domaron el acero.

Muy suave el sauce fiel
acaricia de aquellos dos amantes
la llaga que en su piel
abrieran, caminantes
del sendero de aliento anhelantes.

Y llora el sauce anciano
por su sombra robada por vencejos,
en aquel trance arcano
que donceles espejos
del torrente brillaran a lo lejos.

Fuéronse corazones,
vencidos, hacia el sol de nuevos lares.
Nubes las emociones,
en otro tiempo mares,
se marcharon, hastiadas de cantares.

Mató el agua sus voces.
El venerable sauce miró al viento.
De las ramas los roces,
preguntaron, no miento,
de tu regreso: qué día y momento.

POEMA A PAULA

ROSADO firmamento que me cabe
pimpante y perfumado en un bolsillo,
acuchillas la noche pertinaz
con ojos entintados de mochuelo.
(La cucaracha traigo,
vivaracha,
que alza sus antenas,
las agacha,
que tiene una coraza
muy, muy ancha,
que devora la basura
y se empacha,
que a los dos nos descubre
y se marcha.
Cucaracha gentil,
vivaracha.)
Y Paula, las pupilas como panes,
esboza una sonrisa de lagarta,
las musarañas doma habilidosa
y a sus juegos de azúcar se repliega.

ISABEL GONZÁLEZ-TABLAS

LUNA

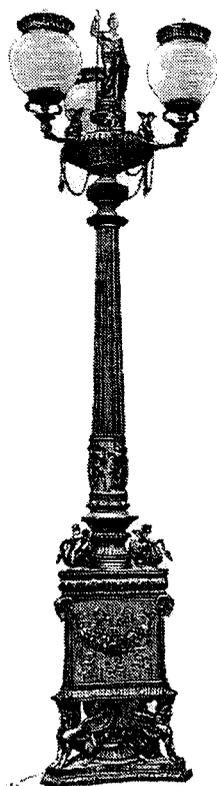
Plata brillante, seda silbante
toda temblando, sales rasgando
nubes y cielo, en un instante.
!Oh bella luna, llena o cornuda
tan misteriosa, tan inquietante
fría y tranquila, otras galante.
Tú cada día vas adelante
con tu vestido de luz cortante
iluminando por los caminos
por los senderos, por los estanques
a las parejas, a los amigos, a los amantes.
Pálida y blanca, triste princesa
de suaves ancas, de buena hora,
huyes ligera ante la aurora
mientras esperas, siempre altanera,
que se haga sombra.

LUGANO 1979

NOSTALGIA DE INFANCIA

Aún me acuerdo de las hadas
que poblaban mi niñez,
unas buenas y otras malas
-en los cuentos de Andersen-.
Las buenas eran hermosas,
rubias, con blancos vestidos;
y las malas, asquerosas,
con olores a podrido.
De sus conjuros malvados
con la bola de cristal
y el gato negro enrabiado
que bufaba sin cesar.
La lechuza que miraba
con sus ojos amarillos
el viene y va de su ama
con ungüentos y con grillos.
Recuerdo haberlos leído
y vueltos a releer
ya que aun siendo conocidos
me atraían otra vez.
Mi fantasía volaba,
yo detrás me iba también
y con ellos me alejaba.
Luego volvía a aparecer
sin las hadas, sin los magos

sin las brujas, sin enanos,
sola sentada en la cama
con el libro entre las manos
esperando la llegada
de esos seres tan amados.



ANA ISABEL RODRÍGUEZ ORTEGA

«Cras amat, qui numquam amavit,
quique amavit. cras amet»
(*Per vigiliam Veneris*)

Para amarte me basta la caricia
delicada de otro nuevo otoño
estremeciendo con sus dedos finos
mi corazón aún en primavera.

Y no hay causa alguna por que muera
esta lentitud que está retando al tiempo
y libre al viento su fluir dedica
entre el profundo cauce
de estos besos.

.....

Para amarte me basta la caricia
tan sincera de tu fresco aliento
(Para amarte necesito sólo eso)

Y ser de tu libertad el azul velero
que surque en silencio tantos sueños,
que tantos inviernos tuyos abrace
que hasta el cielo del mar envidie

los destellos relucientes
de tu cuerpo y mi cuerpo.

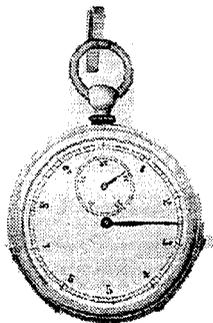
Para amarte me basta el pensamiento
suave rozando un dorado atardecer.
Más allá del olvido mi mirar
cavilando por tu piel
y su templanza.

Y ser el fuego donde tú te abrasas,
el ardor que nos consuma a la vez.

.....

Que es la frialdad olvido de corazones
y tal vez noviembre nos guarde
blancas sus nieves.

Hoy no es el querer más que el acto
del alma, ardiente el alba de cristal
en la mañana.



ANTONIO ILLÁN

CUMPLEAÑOS FELIZ

Cumplir años, ya más de cuarenta, es casi prosa,
un sano ejercicio que disciplina el fuego
y aquilata la vehemencia.

Si miro atrás, el tiempo carece de importancia,
simplemente se fue, se ha ido. Queda la memoria.

¿Mas he de gozar hoy con recuerdos? No estoy por la
[labor

de cortejar a la mentira.

La prisa, los deseos en flor, las rebeldías,
el amor sobre potros al galope, el rayo de luz
en la espesura tras el que andar, el sofoco y la carrera,
el cara y cruz de cada instante, el nudo que se aprieta en
[la distancia

y que asfixia, el aire que falta, la piel de cálidos mensa-
[jes,

las emociones ocultas que se dispersan una a una...

¿Acaso he de volver al encuentro de lo que hoy ya es
[nada?

Lejos queda cuando cumplí los siete, pero es vívida la

[imagen,

pues me alcé al soberbio muro de una cifra, era el sesen-
ta,

de recuerdos se enganchan en las ramas de un árbol
que quería volar.

Hoy, quince de enero del noventa y nueve, me miro en
[el espejo,
giro atrás la rueda, el disco de silencio, y, tras el azogue,
encuentro lo que queda, nombres, sólo nombres, nom-
[bres de sueños
que se hundén, nombres de atardeceres en corazones que
[se abren,
nombres que ponen nombre a los deseos...

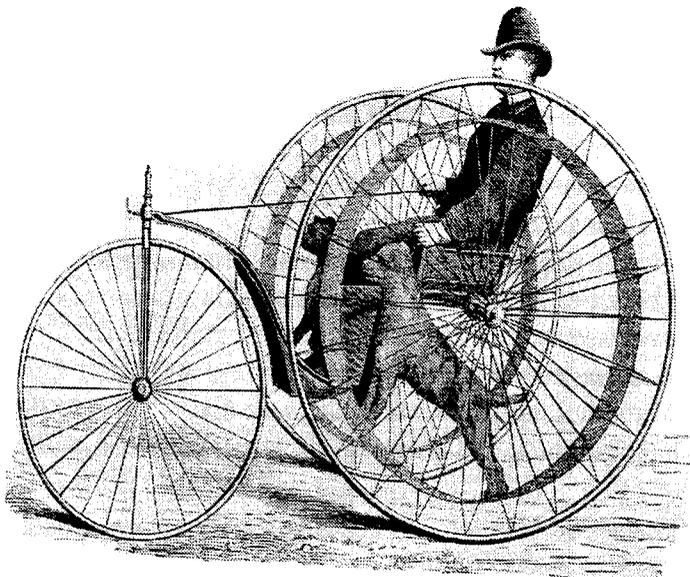
Luego, ya a los veinticinco, bajo el arco iris pasaron los
[fantasmas
y todos los nombres se confunden, se ocultan, se apa-
[gan...

Amor y rutina (inteligencia, gracias por no omitir el nom-
[bre exacto de las cosas)
se suceden, se avivan, se relajan... y queda lo que queda,
la esencia, más beso que palabras.

Cumplir años, ya más de cuarenta, es sano ejercicio
en el que el ovillo de la suerte se mezcla
en el desorden de un corazón que se extravía.
Buen día, me digo, para verse en el espejo
y contemplar qué hay más allá, sin soñar
en las venturas celestiales ni perseguir la libélula vaga de
[la vaga ilusión.

Los sueños son razones cotidianas nada inalcanzables
y la felicidad, gozar lo fugaz de los momentos con el agua
[que bebo,

la caricia de sus manos, el sosiego que oculta una sonri-
[sa, la luna
que duerme entre los versos o las palabras
que llenan de tiempo el nombre de las cosas.
Desde el peldaño cuarenta y seis de la escalera
me alzo a contemplar la rosa.
Paso a paso he de seguir, que ya no es prudente hacerlo
[sueño a sueño,
hasta que las emociones, deshojándose una a una,
se dispersen todas en silencio.



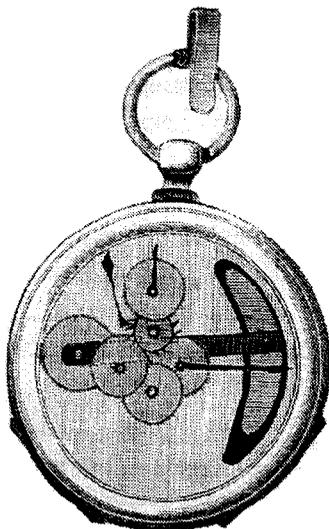
MANUEL QUIROGA CLÉRIGO

HOY HABLARÉ DE ITALIA

Para Clea

Hablaré simplemente de nidos y de rosas,
de distancias azules en los cielos de Octubre.
Hablaré de esa Italia de confines y prados,
de tritones intensos sobrevolando tardes,
de plazas perfumadas por el olor de otoño.
Es Octubre y, de pronto, ha regresado Siena
a las fuentes abiertas, a las torres extrañas.
Es Octubre en Tarquinia y en Génova dei mare.
Hablaré de las nubes que acarician el Duomode una
Florencia tenue encerrada en su música
con sus iglesias leves de órganos tan dulces.
Invisibles cometas, escondidas campanas,
laderas de algodón o tristezas sin rimmel
inventarán museos, lagos de almendros, soles.
Hoy hablaré de Italia y su lírica audacia,
de los trenes inciertos avasallando sueños,
de alguna sensación de madrugadas rotas.
Es Octubre y es Roma de tierna adolescencia,
de Italias transparentes y alamedas alegres.
Dónde esperar la voz de Cleas y milagros,
de azucenas y vientos, de pasión y ventanas.

Hemos de hablar de Octubre, de vírgenes y árboles.
Y descubrir los barcos de nuevas azucenas,
de lluvia, de nostalgia. Hemos de hablar de Italia.



JOSÉ DÍAZ GARCÍA-BALTASAR

CASI UN DESEO

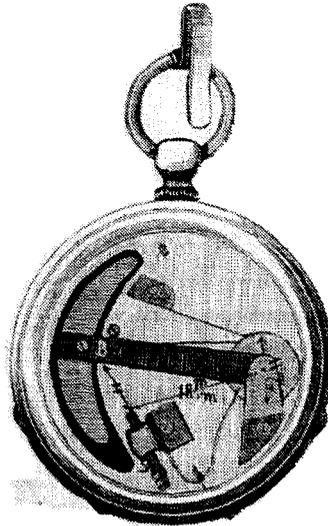
Como una ubre recién pintada
que sin futuro ofende nuestros ojos,
como Malcolm, quizá desprevenido,
que aglutina en su vientre adolescentes
rotos, buscando tu olor como mudo
objetivo y humilde faena,
como el tierno infante que replica
azotado en su curva de ballesta.

Aquella vez no gritaron los besos
como escarpas, compañeros de un viaje
incendiado de enemigos usados,
aquella vez fui solo al mar y vine
sin voz, aleteando, como un puñado
de deseo altísimo que deja
caer sus hojas sobre ávidos surcos
para que al alba nazcan palabras
como en una cópula inconclusa.

Oh, como perseguían mis manos más
estrellas, la última claridad

que se reserva al hombre y que, frondosa
y espontánea, me impulsa y desfigura.

Ebrio y reciente llego a vosotros,
desconocido, aventado de dudas
las márgenes y linderos que a veces,
como una belleza anterior, perduran.



JESÚS ORTIZ

DOS MOMENTOS NEGROS Y UNO GRIS

1

VACILANTE SOLEDAD

Hay una soledad intransferible
que al buscador de fondo siempre aqueja,
y un regusto de posos que le deja
solo consigo y con lo incomprensible.

Hay una sombra terca e impasible
que le hurta la paz, la luz le aleja.
Y la búsqueda sigue eterna y vieja:
obsesión de alcanzar lo inaccesible.

Mientras, brilla la hierba verde y lisa,
la flor se abre y murmulla el viento,
y las mozas ofrecen su sonrisa.

El buscador se arredra, ¡ay!, un momento
y duda del terreno donde pisa:
¿busca la luz o huye del sentimiento?

2

EN EL CAOS

Me abandonó mi Dios en mi agonía,
me dejó sin su luz, sin su cuidado
y desde entonces ando desahuciado,
perdido por mi noche, por mi día.

Buscando palmo a palmo alguna vía
que de este caos me saque, malhadado,
y me torne al edén iluminado
donde moraba yo con la armonía.

El mundo es como un páramo baldío
y soy por dentro yo como un desierto:
ya todo en mí y en él se encuentra yerto

¡Cuando recuerdo el caudaloso río!
¡Y yo, aterido, hambriento, sitibundo,
crezco en oscuridad, en muerte cundo!

3

VACÍO INANE

No tengo nada que decir ahora
y evoco las palabras vanamente;
un inane vacío persistente
la emisión de toda idea me atora.

Mi corazón, en su sopor, deplora
esta oquedad obtusa de mi mente
y se percata, oscura y torpemente,
de su laxa pereza en la demora.

Cualquier intento de alumbrar idea
queda en leve conato que se aborta
y todo lo diluye y lo bloquea.

¿Qué hacer con tal desidia inoportuna?:
porque, además, ni quiero ni me importa
crear o no crear ya cosa alguna.



PACO MORATA

1

DONDE EL MAR SE REMANSA -como el ciego
marinero se derrama en la arena
exhausto entre los restos del naufragio-
perdida Cólquida, vengo a tenderme
en la abrigada rada de tus senos,
fiado en que me sean favorables
los anhelos que alojas, el deseo.

2

ÉXODO

Alzas los brazos y se abre
el mar en dos entre tus piernas.
Faraón que te acosa se aventura
-unicornio desnudo- por tu lecho.
No ignora el maremoto que le acecha:
el tumulto del agua reunida,
un sofoco de sal desde tus labios,
el ahogo y la muerte más pequeña.

JAVIER CONDE PASCUAL**RUTH Y UNA TARDE DE OTOÑO**

«Hoy el sol se va pronto»...

leo tus pensamientos mientras te recuestas
sobre los tibios cojines
que la tarde tejió para ti mientras la mirabas;
no me cuesta mucho,
pues tus ojos abiertos contemplando
los tilos dorados confiesan por ti tus tristezas;

pero esta tarde es diferente; has mirado el crepúsculo
con una melancolía que jamás leí en tus labios
eternamente sellados,
y después has cerrado tus ojos, como recordando
un pasado lejano;

hoy no te ha bastado la luz de miel
que ha bañado tu cara a través de la ventana por donde
[siempre me observas;
no has mirado las hojas amarillas caer lentamente
surcando la suave brisa del Sur que traje para ti
de lugares distantes;

hoy no te ha bastado el paisaje de otoño
de verde y oro pardo que te canta una suave melodía
mientras lo observas,
porque en tus ojos cansados ha vuelto
esa lágrima que quise enterrar para siempre
en un lugar profundo y olvidado;

hoy he visto que tus ojos se han vuelto tormentas
al sentir la lejanía de un pasado de añoranzas,
un pasado donde duerme
la odiada sombra del amor terreno, la presencia de
aquel [hombre
que te robó un rincón de tu alma para siempre;

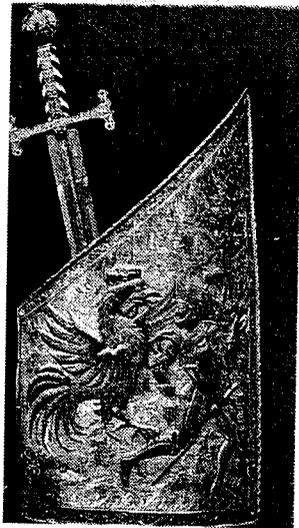
¡olvídalo!; ¿no te bastan los paisajes,
los bosques, los ríos, las tardes que he coloreado
para ti? ¿no te basta la caricia azulada de un cielo
que mi corazón ha teñido de rojo por ti? ...
supongo que no; supongo que todo lo darías sin dudar-
lo
por una caricia suya ...
y esa es mi gran derrota, pues eso yo nunca podré hacer-
[lo,

aunque todo yo lo diera
por poder regar de besos tus mejillas;

«hoy el sol se va pronto»...

leo tus pensamientos mientras observo impotente
como alguien te toma la mano y la acaricia
lentamente, con ternura;
es él, ha vuelto, y mientras lo miras aparece en tus labios
la sencilla sonrisa que yo difícilmente
pude provocar en ti;

y mientras los dos observáis como me oculto, poco a poco,
tras el horizonte, mis últimos rayos iluminan tu ventana
cuando tu amor te regala ese beso
que yo nunca podré darte.



MARITZA JOSIMCEVIC

DESCONOCIDOS

Vinieron a la hora de un claro crepúsculo a podar el césped. La hierba se pone tan verde, que parecería ser un enorme cantero. Todos son muy altos, tienen incluso más de dos metros. Sus máquinas repiquetean sin parar. Los observo de lejos, desde una piedra. No denotan haberme notado. De grandes bolsas de plástico sacan de repente unos aparatos en forma arrionada, y con ellos empiezan a pulverizar el pasto, incluso allí donde hay maíz

Inquieta, me levanto de la piedra, me acerco a ellos y les pregunto:

-¿Por qué hacen eso, por qué pulverizan con este veneno?

-Así tiene que ser, para que sea fértil - contestan tranquilamente sin interrumpir su faena.

-Esta tierra ya lo es, no lo necesita - digo.

Ellos convienen conmigo:

-Sí. Esta es la tierra más rica del mundo; lo dicen con toda tranquilidad, pero no dejan de pulverizar.

Me giro y les doy la espalda porque no puedo mirar cómo se muere la hierba. Me agacho. Introduzco los dedos de la mano derecha en la tierra. Le pregunto: -¿Quiénes son estos altarios? ¿Acaso saben, y es por eso

que pulverizan, o bien pulverizan porque no saben?

La tierra empieza a mordirme los dedos.

-¿También tú, alma de mi alma? - exclamo con tristeza, sin reproches, y retiro apaciguadamente mis dedos ensangrentados.

Veo tres huecos en el suelo y oigo el ruido de la efervescencia, una especie de burbujeo. Al instante, la tierra empieza a vomitar a través de ellos; es algo que se parece a una densa cal blanca, con grumitos. Me pongo de pie. Llevo la mano derecha a la cabeza. Estiro los dedos cual abanico en tanto me giro hacia el horizonte. La sangre fluye de las yemas a la palma, de la palma al brazo, del brazo al seno, al estómago, desciende por la cadera, baja por la pierna, gotea, se adentra por esa cosa blanca de la tierra. Miro abajo, mi pie derecho, y me doy cuenta de que lo blanco perfora con lo rojo un cráter rosado. Desde allí oigo el susurro del viento más antiguo: Por esta puerta no puede entrar ningún desconocido.

Traducido del serbio por Silvia Monros de Stojakovic



FELIPE HERNÁNDEZ PONOS

LAS UVAS

El viejo encorvado con sombrero de paja le gritó al niño encorvado con sombrero de paja: ¡Juanito, no te quedes atrás! Juanito le miró entre el sudor, con gesto de lágrimas. ¡Vamos, vamos, deprisa! ¡No pierdas la fila!, le volvió a gritar mientras soltaba un racimo de uvas en el serijo de esparto. El niño empuñó la cuchilla de pico curvo y cortó un racimo y otro y otro, y el sudor y las lágrimas surcaban sus mejillas y goteaban las uvas, pintándolas de miedo. ¡Más arriba, Juanito, corta más arriba!, volvió a la carga el viejo, que parecía tener ojos en el culo de pana. Y el niño cortaba y sus manos sufrían, ora con la cuchilla, rozaduras, ora con los sarmientos, arañazos, y sus pies en alpargatas tropezaban con los surcos y en las piedras. El abuelo perdió la fila y sin apenas moverse levantó su mano enorme y callosa y la descargó, violento, en el hombro de Juanito, que zozobró y cayó, como un saco, entre robustas cepas desnudas. ¡Vamos, haragán, haz lo que te digo, haragán!, le gritó furioso mientras volvía a su fila y se enjugaba la frente.

El hombre vestido de caqui, con dos cámaras fotográficas colgadas del cuello y una más en el hombro iz-

quierdo, se detuvo en medio de la vendimia. Vio al niño, que se incorporaba, vacilante y desamparado, allá lejos, diminuto en su soledad abrasadora.

-¡Ésta, ésta es mi foto! -murmuró.

Corrió, corrió y aplastó con sus recias botas militares los ocres terrones, saltó cepas, zigzagueó entre vendimiadores pardos y encorvados, llegó hasta el chico, jadeando, se tumbó en el suelo al tiempo que empuñaba una de las cámaras y comenzó a disparar compulsivamente. El zumbido del motor de la Canon espantaba las moscas.

-¡Quieto!, ¡quieto!, ¡así!, ¡mírame!

(Primer plano: rostro sudoroso y triste de Juanito)

Rodó sobre sí mismo para coger el ángulo adecuado y se incorporó levemente.

-¡Vuélvete!, ¡mírame!, ¡así!, ¡levanta el cuchillo!

(Plano medio: Juanito con la cuchilla cubriendo parte de su cara, entre regueros de lágrimas)

El fotógrafo se irguió y giró y giró a su alrededor sin dejar de apretar el obturador. El sol iba y venía. El polvo rodeaba al muchacho, creando una atmósfera irreal.

-¡Así!, ¡coge las uvas!, ¡así!, ¡ahora, levántalas!, ¡sí!, ¡así!, ¡muy bien!

(Primer plano: Juanito entre nubes de polvo, con la mirada perdida, el sombrero de paja calado hasta los ojos y un racimo de uvas contra el pecho, estrujándolo, desgarrándolo)

-¡Sí!, ¡sí!, ¡ésta!, ¡ésta es!, ¡ésta es mi foto!

El viejo se incorporó y gritó: ¡Juanito, aquí, conmigo!, ¡deja en paz al señor! El niño corrió hacia él, se volvió para decir adiós con la mano al señor, tropezó y cayó. ¡Adiós, chaval, vas a ser portada de revista!, dijo el fotógrafo mientras se alejaba. Juanito se levantó lentamente, con tierra en la boca y dolor en las rodillas desolladas. ¡Torpe! ¡Haragán!, ¡venga, al trabajo! La figura del anciano, grande y a contraluz, parecía el demonio, tan negra, tan feroz. El niño se encogió amedrentado y le miró con gesto de lágrimas.



Ganna 77

JOAQUÍN COPEIRO

MALACIO

Hoy me he acordado de Malacio, el tonto, que subsistía a base de apostar que él, si lo invitaban, era capaz de engullir de golpe una docena de helados por la mañana o tres litros de chocolate hirviendo a las pocas horas.

Cuando yo le conocí, era domingo, y Malacio llevaba tres días sin comer. No dudó, pues, en aceptar la siniestra apuesta que le lanzó el señorito: comerse una paloma viva. Malacio agarró la paloma, se metió la cabeza del animal en la boca y de una dentellada lo decapitó; después se fue comiendo los alerones y el cuerpo, mientras su cara se cubría de un fango repugnante de sangre caliente, plumas y huesos, y su insólita exhibición era gozosamente jaleada por los presentes. Con todo, Malacio había conseguido comer para varios días y yo tomé la decisión de borrar aquel pueblo de mis mapas. Pero hoy he vuelto a recordarlo, al tonto, a Malacio, que subsistía a base de apostar que él era capaz de engullir de golpe una docena de helados por la mañana o tres litros de chocolate hirviendo, y un día, exactamente un domingo, un pijo con el pelo engominado y hacia atrás le dijo que no era capaz de comerse una paloma viva, a que sí, si me la pagas, a que no te atreves, a que sí, a que no, Tino, dale una de las tuyas a Malacio y cárgala en la cuenta de mi padre,

tómala. Y Tino se perdió por la trastienda y al cabo apareció con una paloma. Malacio, que se dolía de un hambre de tres días, la tomó entre sus manos, afrontó la inocente mirada del pájaro y lo mordió hasta dejarlo sin cabeza, chorreando sangre, Malacio también chorreando sangre, sus labios y dientes, sangre y plumas. Luego continuó devorando el resto del cuerpo, al tiempo que los presentes reían y acompañaban con palmadas las carcajadas y el regocijo del señorito. Yo escapé de aquel pueblo y quise olvidar su nombre, la ruta que conducía hasta él. Sin embargo, Malacio, el tonto, me ha vuelto ahora a la cabeza, o al alma, con toda su crudeza, y he recordado de nuevo que subsistía a base de apostar que él era capaz de engullir de golpe una docena de helados por la mañana o tres litros de chocolate hirviendo, hasta que un domingo un señorito de mierda lo obligó a comerse una paloma cruda, y los que estaban con él, con el señorito, no hicieron más que de coro sumiso y monocorde, mientras que yo, turista de un día, espectador distante, mudo, impotente, huí de allí después de ver a Malacio matar a la paloma y enfangarse con sus plumas y su sangre, Malacio, el pobre idiota, que a pesar de todo había conseguido reponer sus fuerzas para otros cuantos días. Conforme me alejaba, me juré a mí mismo no volver nunca más por aquel maldito lugar y olvidarme de todo aquello, hasta que hoy he vuelto a acordarme de Malacio, el tonto, que subsistía a base de apostar que él, si lo invitaban, era capaz de engullir de golpe una docena de helados por la mañana o tres litros de...

MIGUEL ÁNGEL CURIEL

EL GALIANO DE LAS SIETE Y MEDIA

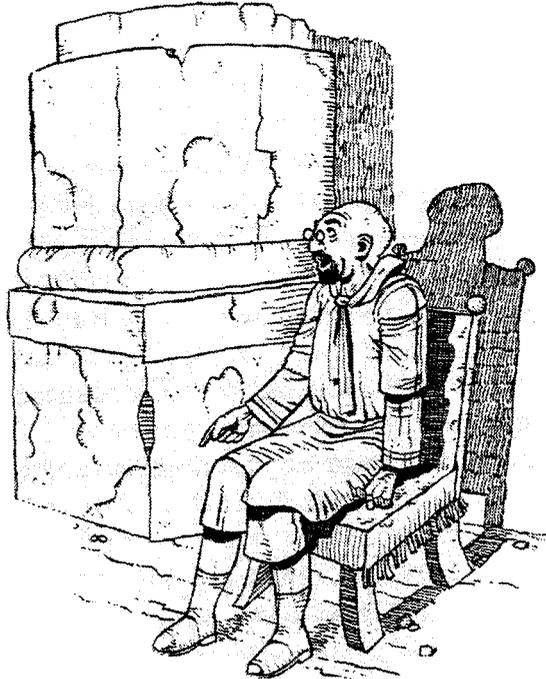
V.

Toledo y Venecia, una elevándose y la otra hundiéndose, una a las puertas del cielo y la otra sumergida de cintura para abajo en las aguas del Adriático, una demanda el cielo y la otra el infierno. Sin embargo por el raptó del destino que el hombre moderno efectúa en nuestro tiempo, ni la una se hundirá por completo ni la otra tocará con los dedos el cielo. Cesare Urdini, arquitecto y urbanista florentino inventado por un Italo Calvino de la Mancha va a salvar a Venecia de ahogarse con una bomba que achicará toda el agua de la laguna, es una bomba de achique de ingeniería metafísica que desecará al completo el Adriático, de esa forma podremos ver los cimientos de la ciudad, con lo que el mito del Titanic se hundirá en el limo ponzoñoso del universo de las ideas. Desde luego que esto es pura ficción, pero el hombre posmoderno está empeñado en que la torre de Pisa no se caiga, Venecia no se hunda y Lisboa no sea melancólica. Qué estupidez de final de milenio. ¿Qué es lo que quiere preservar el hombre del hombre?, ¿las pirámides de Egipto?, ¿las catacumbas de Roma? Venecia es la ciudad mas decadente del univer-

so, su dulce decadencia es su gloria y si se la priva de su destino, que es hundirse hasta el fondo, la estarán privando de su razón de ser. Sodoma se hizo puritana a la señal de un simple chasquido de dedos y no resistió ni un minuto en la historia, Lot y sus hijas salieron pitando de allí. En Babel se desmoronaron antes las palabras que las torres, aquel Dios de Babilonia no hablaba ni inglés ni eusquera. Algo parecido le ocurriría a Toledo si alguien viniera a despertar a la ciudad de su siesta milenaria e hiciera sonar a la vez todas sus campanas apretando el botón de la historia, los funcionarios en sus catacumbas comenzarían a trabajar a toda máquina, los pasteleros harían mazapanes con forma de herradura, estrella, dragón, pez, todo el entramado visigomozacristianoviejo se desencajaría, hasta el barón de Mùchhausen en un rapto de locura dejando a un lado su realpolitik de raña manchega, decretaría que todas sus marionetas se cortaran a sí mismo los hilos del poder supra-regional para que representaran en Zocodover «Esperando a Godot». Las mil y una noche toledanas, qué desfunción, sin embargo, igual que hay hombres más primarios que otros existen ciudades primarias y otras secundarias. Toledo es de las primarias. En Roma que es otra ciudad primaria está el papa, pero en Toledo vive el Espíritu Santo que es una de las reminiscencias más judaizantes del cristianismo, es la idea de que Dios no tiene forma, es una energía capaz de no transformar el mundo, inerte, es tan fuerte que carece de fuerza, deja al destino universal hacer, y el destino universal es ateo en

cuanto se apoya más en la caótica euforia del caos que en la apolínea desmotivación divina, el cristianismo visto de esta forma es una remodelación cuasi herética del judaísmo, por lo cual el espíritu santo es judaizante en esencia, digamos que es la parte conversa de ese prototipo divino. Juan de la Cruz y Teresa de Ávila tenían un subconsciente judío, de ahí su misticismo erótico/talmúdico. Si el cielo se hunde Toledo pierde su razón de ser. El viajero que avista por primera vez en su vida una ciudad como Toledo queda por unos instantes desencajado y extasiado, ninguna ciudad del universo produce esta sensación, su abigarrada morfología, su amasijo elevado, su forma conocoidal le hacen a uno pensar que el arquitecto que la diseñó no fuera acaso Dios, la verticalidad histriónica de sus muros junto a la fractura sobrenatural del Tajo, vértigo y alucinación. Si Dios vive en algún lugar del universo ese lugar es sin duda Toledo. Esta ciudad es la forma que adopta Dios en un adagio de formalismo en su querer ser algo grandioso y elocuente, nunca una ciudad ha sobrevivido tanto a sus símbolos como ésta. Cuando Venecia se hunda para siempre en el Adriático, que es el destino glorioso de esa ciudad, el destino metahistórico quedará saciado de ciudades, hasta la Nueva York más apocalíptica podrá resistir los embites de la historia y perdurar en el tiempo y en el espacio, después de todo una ciudad cuesta muchos años, siglos y milenios hacerla y levantarla y Toledo es una de esas pocas ciudades en el universo que ya han entrado en la eternidad, la ciudad en la que Rilke pasó

mucho frío acaso porque no había estufas. Si el destino de Venecia es hundirse, el de Toledo es elevarse de ella hacia sí misma. La historia es una simulación de contrapesos en los que la ubicuidad se llena con lo que se ha vaciado.



6 vii 99

JESÚS PINO

CACHO E´A BAMBA

«Para subir al cielo...»

Desbarbar de hierbas y arbustos el talud, chirilar una senda de sesgada y muscular pendiente, lañar los achiperres electromecánicos al cementado piso de la herida y aliviar, con suave y modulada velocidad, el calvario ascenso al casco viejo de Toledo, fue obra legendaria del ángel Emeterio Bis Gómez que le valió título, patronazgo y mención especial en el atardecer de la duodécima eternidad del calendario empíreo. Al ángel Emeterio Bis Gómez aquel detalle se le grabó profundamente en la primera potencia de su sustancia espirituosa. El ángel Emeterio Bis Gómez ocupó plaza de patrón de los cineros metálicos transportadores (C.I.T) bajo el envidiado apelativo de San Eme.

Así, de la noche a la mañana, Toledo había ganado una entrada montaraz y perdido una perspectiva romántica. Quien primeramente descubrió la novedosa circunstancia fue Isabelo Jaraíz. Isabelo Jaraíz gastaba costumbre cosmopolita de ejercitar saludables trotecillos antes de las rosadas manicuras del alba. Isabelo Jaraíz ves-

tido con las deportivamente correctas prendas de marca que definen la virtuosa calidad europeísta, detúvose a mear -necesidad dispensada de escolzo literario- entre las puertas de Bisagra, la Vieja, y del Cambrón, y, hete aquí que elevando -como la estética más refinada del arte mingitorio exige- los ojos al clariazul livianísimo del cielo, advirtió la escalar estructura en todo su esplendor:

-¡Barástolis! ¿Qué es eso?

-Mi gloria

dijo que le había contestado una fosforescente sombra, a la que, por reacción brusca y anonadamiento atónico, meó -sálvese la expresión con delicadeza coyuntural- con inmediata y vergonzosa disculpa por el involuntario e ignorante sacrilegio.

Veinticuatro o veinticinco -que la numeración es tropo poético de malísima servidumbre- minutos más tarde agrupábanse, al pie de la escalera, la Corporación Municipal, miembros de las Cortes Autonómicas, Arzobispo y Cabildo Catedralicio, Jefes Militares, Directores Generales de las diversas secciones económicas y administrativas, representantes de los movimientos ecologistas, de los movimientos feministas, de las asociaciones pro-aborto, gays y amigos de los castillos, presidentes de los consejos de administración de la ONCE y de las apuestas del Estado, personalidades de la banca y del mundo empresarial, sindicalistas, ubicuos grupos de japoneses y un

señor de Murcia con su señora de los que los medios de comunicación no supieron dar señales justificadoras de su presencia.

Veinticuatro o veinticinco -el tiempo numeral es una desafortunada incrustación en el discurrir narrativo- minutos más tarde, las autoridades civiles, eclesiásticas, militares, financieras y demás - que tanto monta como tanto montan- contemplaban absortos, sorprendidos y abobados, la súbita y culminada obra. En el centro del grupo, Isabelo Jaraíz explicaba, con pelos y detalles, los pormenores de su accidental descubrimiento, tan prolija y minuciosamente que repitió la meada -excútese la forma directa de señalar- y el infausto chorreón sobre la sombra, que, ahora, recayó en el abrigo de pieles de la señora diputada doña Encarnación Vora Antequera

-Tenga cuidado, ¡botarate!

-Disculpe su señoría, pero el relato es el relato.

Tres o cuatro -la duda algebraica ofende al lector racionalista- horas después, el grupo se había multiplicado hasta la necesaria intervención de la policía municipal, una brigada antidisturbios y un retén de Cruz Roja para asistencia a desmayos, insuficiencias respiratorias y traumatismos cervicales. El ángel Emeterio Bis Gómez geiseaba fosforescencia gozosa e invisible entre la pálida penumbra de la joven mañana. Isabelo Jaraíz, seca la vejiga, narraba, una y otra vez, en resumen árido, el cómo y el

cuándo de su eureka:

-Anoche, no estaba; y ahora ..., ya ven ustedes...

Un leve crujimiento escanció la atención de los corrillos en el pie de la escala. El negro y aonzado suelo ascendía, suave y monótono, hacia las lejanías cumbreñas. Algo de estupor paralizó momentáneamente al rebaño. Miradas inquisitivas; emergencias de hombros, insinuaciones gestuales a inaugurar, sin más ceremonias, el milagro corredizo de la técnica. La cuestión protocolar demoró la iniciativa que algunos osaban adelantar. El alcalde, al fin, puso el pie derecho como queriendo probar la firmeza de la cinta. Luego, puso el izquierdo y ayudó al coronel y éste al arzobispo y el arzobispo al presidente de la Caja de Ahorros y éste al otro y el otro al otro y éste otro a... Y subían, subían, subían... ¡Qué bonito! ¡Qué espectáculo! ¡Qué comodidad! Se estrechaban las manos, cada cual con el precedente y el antecedente: ¡Felicitaciones! ¡Un día histórico para la ciudad! ¡Se acabaron las fatigas y los sudores!

El conocimiento llegó cuando el alcalde intentaba alcanzar la mano del arzobispo y recíprocamente. Pensó que el caucho o lo que fuera aquella negra sustancia aún estaba pastosa, resinosa y pegajosa. Tiró fuerte, temiendo dejarse las suelas de los zapatos. Pero su horror fue contemplar que no tenía zapatos, que estaba hundido hasta los tobillos. Y el coronel también. Y el arzobispo

también. Y el presidente de la Caja de Ahorros, también y el otro y el otro y el otro...; Como los patitos de madera en las casetas feriales de tiro al blanco! Subiendo, subiendo, subiendo...Y al llegar al extremo superior de la escala automática, glup, primero el alcalde, glup, luego el arzobispo, glup, luego el coronel, glup, glup, glup, uno tras otros tragados, devorados, embutidos en la tierra. Porque sólo tierra había al final; ni rampa de salida, ni apeadero, ni estación terminal. La cinta se hundía directamente en el costado del terraplén.

Abajo, nadie parecía percatarse. Hasta montar el señor de Murcia y su señora, todo fue normalidad y aplauso. Pero cuando Isabelo Jaraíz intentó ocupar sitio en el artefacto, una sombra dura y cristalizada se interpuso en su camino. Entonces vio cómo la cinta negra se recogía sobre sí misma dejando en su lugar un amasijo de hierbas que crecían al ritmo de la desaparición de aquella.

Al mediodía no quedaba nadie, salvo el susodicho Isabelo que se restregó los ojos y mirando hacia arriba creyó haber sido víctima de alguna extraña alucinación. Inició su trotecillo y consideró no decir ni palabra de lo que había visto. El ángel Emeterio Bis Gómez, mientras tanto, iba marcando a cada autoridad, cargo y jerarquía con el sello judicial divino: infierno, purgatorio y gloria.

DAMIÁN GARCÍA FENTE

A IMITACIÓN DE LOS CRÍMENES EJEMPLARES

En 1968, hace ahora poco más de treinta años, Max Aub publicó un volumen al que dio el irónico título, de raigambre cervantina, de Crímenes ejemplares; una serie de relatos cortos, en ocasiones casi aforismo o greguería, llenos de humor y muchas veces de ternura, que han inspirado estos crímenes míos. La deuda es evidente. Lo único que les diferencia es que Aub vivía desde hacía bastantes años la sinrazón del exilio, y su estilo, mucho más sabio que el mío, se nutrió de la forma espontánea del habla mexicana. Las realidades son distintas, pero el espíritu absurdo que está presente en todos ellos es similar. El libro de Aub bebe de las mismas fuentes lúdicas, deudoras de las vanguardias, que su magistral Juseps Torres Campalans, y como tal hay que entenderlo. Que estos pequeños relatos sean un homenaje a un autor que hoy, por fin, está siendo revisado y recuperado, poseedor de una obra extensa, variada y de las de más alta calidad del periodo de entreguerras.



A Juan Carlos

¿Pues qué quiere que le diga? Que sí señor, tiene usted razón... ¡Claro que todas las personas tienen derecho a opinar y a decir lo que quieran...! Pero hasta un límite ¿no? Vamos, creo yo. La verdad es que soy muy tolerante, y además reboso de paciencia como el que más. Pero hay días en los que a uno se le hinchan las narices... Y luego pasa lo que pasa. Ya le digo que siempre he intentado callar y dedicarme a lo mío, pero esa mañana no lo pude soportar más. Me dirigí al trabajo como todos los días. Como un clavo, a las seis en punto, ya estaba en la estación. Sin embargo, esa mañana no era como las demás, era primero de mes y eso sólo significaba una cosa: iba a haber más jaleo de lo normal. Como ocurre siempre, no sólo se te juntan los viajeros habituales que no se han sacado sus billetes o se aturrullan con las maquinitas... ¡No, señor! Los primeros de mes encima tienes que tragarte a todos los que no se han comprado el bono transporte. ¡Y mira que tienen tiempo! Pues nada, parecen masocas o les gustan las colas, no sé yo. Aunque también hay algunos que no se lo sacan antes para así perder el tiempo y llegar al trabajo tarde, o al colegio, que ya los tengo calados... Sí, sí, no se preocupe... Ya voy al grano. Pues verá, aquella mañana aquello estaba lleno, a reventar, parece que se habían puesto todos de acuerdo para

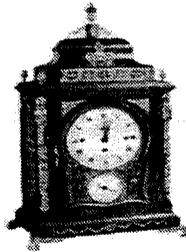
sacárselo ese día. Encima, Jacinto se tuvo que ir a la cabina de enfrente, y me quedé yo sólo, pues la Nati estaba mala, como suele pasarle casi siempre los lunes... Ya me entiende... Desde que nos han puesto los dichosos ordenadores para sacar los billetes, siempre me hago un lío y tardo un poco más de la cuenta, aunque voy progresando, voy progresando, no se crea... Pero la gente no comprende que a uno estas modernidades no le van, y uno lo hace lo mejor que puede... Y esa mañana sólo oía voces, quejas continuas, comentarios que me iban calentando los cascos poco a poco. Para colmo de males, las máquinas de billetes se negaron a trabajar, son una mierda... Perdón, no me había dado cuenta... Pues eso, lo que le decía, que las máquinas de sacar billetes no funcionaban, con lo que tenía ración doble de trabajo. Y encima, uno de los monitores se fundió y emitía un ruidito insoportable que no había quien lo parase. Veía a los viajeros a través del cristal, yo dentro de mi pecera, que me miraban con toda la guasa del mundo, como a un bicho raro de exposición, y hasta algún gracioso se permitía algún chistecito a costa de mi lentitud... Entonces llegó ella con su ridículo gorrito de lana malva con una estúpida borlita colgándole a un lado de la cara y su mirada estúpida pintada de verde, rodeada de arrugas, que me empezó a soltar no sé qué cantinela. Yo la miraba y no la entendía, pues me estaba hablando de no sé qué billete que se le había perdido, atascado, o que se lo había tragado el torniquete, yo qué sé... La verdad es que no recuerdo nada, sólo que su voz chi-

llona se me metía como un taladro en mis oídos. Y dale que dale, y vuelta al billetito... La veía mover y mover su boca embadurnada de rojo, no paraba su martingala... Y ya le digo que soy tolerante y paciente, pero es que... Pues eso, que vi la barra de hierro que tenemos para defendernos de los cacos... El resto ya lo conoce, señor juez, pues lo tiene usted en el informe de la policía. Y es que, la verdad, ya me tenía harto su cháchara. El detalle de las grapas cosiéndole la boca fue algo que me pareció original, por ver si así se mantenía callada de una vez... Incluso con la cabeza hundida. Pero que conste, señoría, que soy muy tolerante y paciente, y que creo que todo el mundo puede decir lo que quiera, pero hasta un límite ¿no le parece?



Soy taxista, y me conozco la ciudad como la palma de mi mano. Sé al dedillo todos los itinerarios, desde los más cortos a los más largos y, además, puedo alargarlos más según las circunstancias... Ya me entienden. Adoro conducir, oír la radio y hablar con los clientes. Tengo un repertorio amplísimo de conversaciones para todos los gustos. Puedo hablar de cine, libros, televisión, música, política, deportes... Hasta de recetas de cocina, ya que como soy soltero y sin compromiso, me hago yo solo la comidita. Además, me gusta experimentar y aportar nue-

vos toques de originalidad a los platos, que luego explico con todo lujo de detalles a la clientela, quedando la mayoría encantada y prometiéndome hacerlos en cuanto llegasen a sus casas. Y si no surge ningún tema en especial siempre quedan el tiempo y el estado del tráfico, últimamente horrible porque la ciudad está continuamente llena de obras. Y mis viajeros siempre quedan satisfechos, pues les deleito con mi sabiduría, y mi conversación les hace más agradable el trayecto. No les hace falta utilizarme como confidente, pues desde que suben hasta que me pagan no dejo de hablar y así se sienten más felices, ajenos a sus problemas de todos los días. Incluso, hasta un día me puse a cantar por soleares; el cliente acabó entusiasmado, aunque no me dejó propina. Al que no he entendido lo que me ha querido dar a entender ha sido al de esta noche. Y mira que le he hablado de fútbol durante todo el trayecto -por cierto una buena carrera hasta Pinto-, pues parecía que venía del partido. Pero aún no me explico por qué me ha dejado aquí tirado en la cuneta con dos balazos en el estómago.



JESÚS RUBIO

LA ISLA DE LA FIEBRE (III)

Una incesante batería de bulos siguió a la explosión del acorazado americano.

-Paludismo.

Así de tajante fue el médico que iba a La Víbora tres veces por semana para atender a la tropa.

Le temblaba todo el cuerpo y le castañeteaban los dientes. Luego estaban los vómitos.

Aquellos vómitos en los que parecía que se le iba a escapar el alma.

-Ha habido suerte, soldado. Es paludismo pero estamos a tiempo. Hoy día la quinina amarga es muy eficaz. Sobrevivirás si no hay complicaciones. Que no tengas temblores y fiebre, de manera periódica, el resto de tus días, es algo que no te garantizo. Pero si hubiera sido el vómito negro o la fiebre amarilla ya estaríamos preparándote el sudario.

Entre aquel frío, al que seguía un calor abrasador, entre espasmos y dolores de cabeza, entre ardores, Miguel no tuvo más remedio que pensar, después de todo, que era una persona afortunada.

En el barracón, que no era sino un pequeño hospital, pues los soldados que enfermaban eran cada día más, Miguel

pasó tres semanas de convalecencia.

Con la explosión llegó el bloqueo, con el bloqueo, la escasez, con la escasez, el hambre.

Hasta entonces, la comida, mejor o peor, no había faltado.

Pero llegó el bloqueo con su machete, y a las dos semanas, un huevo costaba ya media peseta.

Y así, todo lo demás.

En abril, llegó la orden.

El general Blanco decretaba estado de guerra en toda la isla.

La gente comenzó a murmurar.

-Los americanos ya vienen. Van a invadir la isla.

La escuadra del almirante Cervera no daba señales de vida.

-No vendrá.

Tomé, el madrileño, barbero, era uno de los principales portadores de noticias.

En ocasiones, simples bulos.

Pero no siempre.

-Cervera no quiere venir.

-¿Por qué?

-Porque dice que no tiene nada que hacer contra la marina americana.

-Cervera es un cobarde.

-Cervera es sensato.

Había pareceres para todos los gustos.

Lo único cierto, en aquellos días, es que las raciones escaseaban.

Cada vez más.

La carne era ya un recuerdo.

Y la leche.

Sólo había rancho oscuro como los ríos de la manigua.

Decían que era arroz.

Cuando se salía de patrulla, un día sí y otro no, la ración se limitaba a cuatro galletas negras que había que partir con la culata del máuser, el nuevo fusil de repetición que había sustituido al viejo mosquetón desde primeros de aquel año de 1898.

No era extraño, en los escasos descansos de las marchas, ver a los soldados buscar hierbas y raíces con las que engañar al feroz inquilino que se había instalado en sus estómagos.

No era extraño, tampoco, que muchos soldados se intoxicaran.

Sentado en un banco de la estación, escoltado por un mercado de gritos y juramentos de todos los acentos y tonos, Miguel se frotaba los ojos.

Sueño.

-Morirse no es fácil.

Era algo que repetía, una y otra vez, Revives.

Podía tener razón.

Pero ocho meses atrás, en mayo, eso nunca lo olvidaría, no pensó lo mismo.

En una de las patrullas, en plena selva, vio o adivinó el rostro de la muerte.

Tenía la mirada de un rebelde.
De un rebelde negro como la noche y alto como una encina.
Apareció, junto a los suyos, como siempre, de noche.
Y como siempre, por la retaguardia.
En un par de minutos destrozaron la mitad de la columna.
Había luna, pero la culebra nubla la vista.
Sólo adivinaba que, a veces, veloces sombras ocultaban los claros que la luz de aquella luna tropical recortaba entre la espesura.
Pero oyó.
Sí, oyó.
Un aliento en su nuca.
No lo sintió, lo oyó; se dio la vuelta; cerró los ojos; gritó; apretó el gatillo del máuser; vio a su padre; le hablaba.
-Volverás.
Vio a Guadi: lloraba.
Oyó un grito ahogado.
Abrió los ojos.
Humo.
Le envolvía.
De manera frenética, se llevó la mano a la garganta.
Nada.
Entera.
Los gritos del sargento, que les ordenaba reagruparse, sacar a Miguel de aquella vigilia que muy bien pudo ser eterna.
-No es tan fácil morir.

No había llegado a ver el rostro del enemigo.
Y eso era una suerte.
Se marchó sin la certeza de que hubiera matado a aquella
sombra de afilado machete.
Por suerte, tenía mala puntería.
Pese a haber nacido en un pueblo de cazadores.

¿Derrota?
Era una palabra que a Miguel Criado Rosa, a sus veintidós años de edad, no le decía nada.
Él marchó a aquella isla de fiebre.
Sobrevivió.
Volvió.
Nadie, salvo disparar mal, podía echarle nada en cara.
Pero tampoco la armada de Cervera llegó a disparar nunca.
Tenía la conciencia ligera.
-Criado, te creíamos perdido.
Revives le puso la mano en el hombro.
-Estaba aquí. Descansaba.
-Pronto descansaremos de verdad.
Descansar.
Era un forma de decirlo.
Tres meses de licencia, otros tres más de servicio, pero esta vez cerca de casa, en Carmona o en Osuna, y, de nuevo, y ya para siempre, a Guadalcanal.
Con los suyos.
Con Guadi.

Descansar.

Puede.

Llegaría el campo con su látigo, la escarcha de noviembre entre los olivos, la lluvia de marzo y el dolor de los huesos.

Y además, estaba la fiebre.

La fiebre, su medalla de la virgen, y un hatillo con una muda vieja.

Eso era todo cuanto llevaba de regreso a su pueblo.

Pero Guadi le esperaba.

Descansar...

Tras dos años de navegación en aquella isla enferma, poblada de enfermos, hambrientos y fantasmas sin siquiera alpargatas, cualquier cosa podía entenderse como un descanso.

Aunque todas las noches de su vida, al cerrar los ojos, viera o intuyera aquella gigantesca sombra con su machete.

¿Derrota?

No: fiebre.



FERNANDO JOYA**DE DIOSES, SABIOS, LIBROS Y BIBLIOLITAS**

La estrella «Supernova Vega» estalló en el cielo de hace siete mil años arrojando luces y sombras sobre las llanuras de Mesopotamia que hoy conocemos como Irak. Los sumerios la identificaron con la diosa Ea, a la que atribuyeron la invención de la escritura. Fruto de esa invención germinó un poema que fue reescribiéndose en tablillas de barro durante dos mil años; sobreviviendo -como los libros sobreviven a los hombres que los han escrito- a grandes imperios: sumerio, acadio, asirio, babilónico... Me refiero al grandioso poema de Gilgamesh, donde el héroe busca el elixir de la inmortalidad y se narra por vez primera el Diluvio Universal como castigo de los dioses a la iniquidad de los hombres. Este poema no es menor, a mi entender, que esas otras felicidades, la Iliada y la Odisea, que el ciego Homero dejó en herencia a griegos y a bárbaros. Otros muchos ciegos han empedrado con su obra el edificio de la literatura. Milton puso una colosal piedra: «El Paraíso Perdido»; James Joyce y Borges perdieron la vista ya de adultos por el mucho leer, e inventaron un lenguaje nuevo desde sus tinieblas; pero

el único de ellos que recuerda la leyenda que lo fuera por voluntad propia fue Demócrito de Abdera, que se arrancó los ojos en su jardín para que la visión de las cosas no le distrajera. Conjeturó la teoría atómica de la materia y conoció todas las ciencias y las artes de la antigüedad, pero se sintió más pagado de la alquimia que de cualquier otro saber. Alquimistas, como él, fueron Zósimo de Panópolis, Geber, Paracelso y Raimon Llull, que además de pretender conocer las muchas estancias del alma -y quién sabe si habiendo hallado la Piedra Filosofal- crearon pócimas y artilugios de gran utilidad. Decían buscar esa Piedra, que otros llamaban Elixir de la Vida, o transmutación del impuro metal en oro, aunque en realidad buscaban la perfección del alma.

Tan fuertemente estaba asentada la creencia sobre sus poderes en el mundo antiguo, que el emperador Diocleciano, alarmado de que los practicantes del arte de la Gran Obra (como llamaban a los alquimistas), pudieran fabricar oro causando una fuerte inflación monetaria, mandó quemar todos sus libros en las tierras del imperio. Bibliolitas son llamados los destructores de libros. Es ésta una palabra que no se encuentra en los diccionarios comunes, pero sí en la Enciclopedia Espasa-Calpe (la voluminosa). Dice la leyenda que el mismo emperador destruyó Coptos, en Egipto, donde era especialmente adorado Thot, el dios con forma de ibis, señor de la escritura y del tiempo. Alguien del séquito imperial -sin sospechar la fatalidad que le sobrevendría- se llevó un pergamino atri-

buido al mismo Thot: quien conociera una sola de sus páginas podría dominar con su encanto el Cielo, la Tierra y el Gran Abismo. Pero -sigue relatando la leyenda- todos los que intentaron leer aquel libro cayeron fulminados al no hacerlo con la debida entonación. Ése es el otro filo de la espada del Saber.

La historia narra la existencia de numerosos bibliolitas. El más antiguo del que tenemos noticias fue Nabomasar, fundador del segundo imperio babilónico; el cual mandó destruir todos los escritos en que figuraban dinastías anteriores, para poder aparecer en la posteridad como primer rey de Babilonia (Borges habla de otro más antiguo, el emperador chino Shit Huag, que pretendió abolir la historia quemando todos los libros; mas creo que se trata de una mera invención que hace el argentino para introducirnos en su laberinto -de los que él era tan amante- de confusión). Podemos añadir muchos más: al-Hakan II de Córdoba, que mandó quemar -como penitencia por una borrachera- la biblioteca de la medina andalusí; santo Domingo quemó los libros de los albigenses (a ellos también); los cruzados dieron a las llamas los cien mil volúmenes de la Dar-em-ilm, la biblioteca árabe de Trípoli; los vikingos libraron a Inglaterra de libros...

Hubo un pueblo sin bibliolitas porque no tenía libros, me refiero a los Celtas, pues los Druidas, sus sacerdotes, temían la escritura. Pensaban que la palabra escrita carece de vida, yace muerta en el pergamino, de ahí su memoria prodigiosa -que era un verdadero libro-, a cuya

confección dedicaban toda una vida. Y hay un libro que no puede sucumbir a las llamas porque es increado: según los exégetas musulmanes, el Corán existe antes de la Creación, es una cualidad misma de Alá el Todopoderoso. Otro libro cercano, la Biblia, por ser palabra divina, encierra el conocimiento de todas las cosas, incluso de la Creación. A la labor de desentrañar ese conocimiento y adquirir el poder creativo se dedica la escuela esotérica judía que denominamos «La Cábala», y lo hace, que se tengan noticias, desde poco después de fundarse Alejandría, donde se instauraron los principios de ese saber.

En Alejandría hubo una gran biblioteca que contenía todo el saber griego, persa e hindú; la filosofía, las matemáticas, la astrología, la alquimia... Un bibliolita -el obispo Cirilo, en el siglo IV de la Cristiandad- acabó con tan omnímodo y «pretencioso» saber, dándolo a la purificación del fuego. Aunque algo rescataron los árabes, que lo hallaron disperso aquí y allá; y entre ese algo apareció el «Almagesto» de Ptolomeo. Tal ocurrencia hizo posible que el mejor astrónomo de la Edad Media, el persa Omar Khayyam, pudiera elaborar en el siglo XI un calendario que superaba con mucho en exactitud al de Occidente. Pero además, Omar Khayyam fue el mejor matemático de su época, obteniendo soluciones a las ecuaciones cúbicas que no se lograrían en Europa hasta seis siglos después. Aunque su fama se la debe a las famosas Rubaiyat (cuartetos), poemas extremadamente bellos de amor y desengaño, escritos en su vejez. No puedo sustraerme a mos-

trar uno:

*Cada mañana el rocío abrumba los tulipanes y las violetas,
pero el sol las libera de su brillante peso.
Cada mañana el corazón me pesa más en el pecho,
pero tú lo liberas de su tristeza.*

Otra leyenda relaciona la juventud de Khayyam con la de Hasan as-Sabbat, terrible jefe de los «Asesinos», una secta ismaelita que empleaba la daga y el poco miedo a la muerte de sus fieles como método de coacción. Este Hasan, hombre de vasta cultura, creó una gran biblioteca en Alamut (un castillo inexpugnable en la zona caucásica del Irán) que destruyeron en el siglo XIII los mongoles -bibliolitas como los que más- y una prédica religiosa de alto contenido esotérico e intelectual que influyó en gran medida entre los pensadores islámicos. Dante Aligheri la tuvo que conocer pues en su «Divina Comedia» (otra de las grandes felicidades de los hombres), la concéntrica disposición de los siete cielos es semejante a la descrita por Hasan.

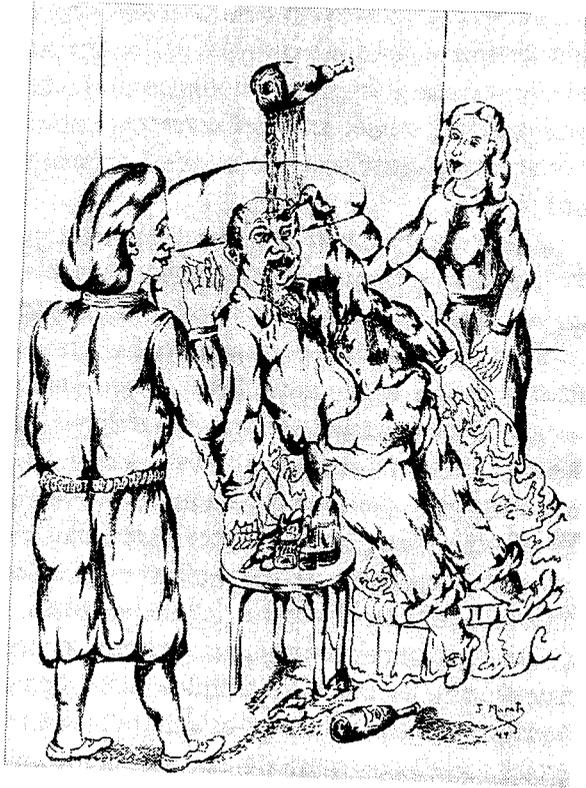
En el cuarto cielo coloca Dante a Beda el Venerable, monje inglés del siglo VII que recuperó para los hombres partes esenciales de la historia de Inglaterra e Irlanda. Otro tanto hizo Snorri Sturluson en Islandia con las sagas y los mitos escandinavos. Fueron bibliolitas al revés: rescataron al Saber de la llama del Tiempo y del Olvido. Tal como el capitán Richard Burton, que trasladó al inglés las maravillosas narraciones contadas desde mu-

chos siglos atrás en las plazas públicas de las medinas islámicas, formando con ellas ese prodigio llamado «Las mil y una noches». En el siglo XIX, Eduart Fitzgerald rescató las Rubáyat de Khayyam para su lengua inglesa, la lengua que Shakespeare hizo universal. Su otra gran pasión fue la lectura del Quijote, como la de tantos que aman las palabras que el manco Cervantes soñó en prisión berberisca y escribió en la soledad de sus pensamientos.

Comenzamos por el Gilgamesh y hemos llegado al Quijote, dos grandes motivos de felicidad. ¿Cuántos otros no habrá destruido la barbarie de los bibliolitas? Comenzamos con la explosión de la supernova y terminamos con otras explosiones: si aquella llegó a representar creación, estas otras señalan destrucción. Me refiero a las que, no hace mucho, destacados bibliolitas desde sus pájaros de acero emplearon para asolar Summer, derribando con pesadas bombas los zigurats -allí donde moraban los dioses y nació la escritura-, que confundieron, en su barbarie, con fortificaciones guerreras del nuevo Assur.

Y juntamente con los zigurats, destruyeron los signos cuneiformes de miles de tablillas con milenios de antigüedad. Algunos de los signos destruidos en esa injuria quizá fuesen semejantes a los que figuraban en el templo de Imhotep, en Menfis, adonde acudieron en busca del saber Pitágoras, Hipócrates y Demócrito. A la entrada de la biblioteca del templo, adornando la pared con escritura jeroglífica, en demótico y en griego, refiriéndose a los libros, esos signos decían:

«Tesoro de los Remedios del Alma»-



PACO MORATA

LA RESACA

Despertó cuando en la radio de su reloj sonaba el último pitido de las señales horarias. Tenía la boca pastosa y mal aliento. Le subía del estómago el recuerdo de la cena, del mucho vino que habían bebido la noche anterior. Una sensación desagradable; como si aquellos manjares tan apetitosos, aquel caldo de exquisito paladar, volvieran a sus labios desde la descomposición, una vez terminado el proceso digestivo: La primera digestión se hace en la boca -explicaba el profesor en la clase de ciencias-, mediante la masticación y la saliva, después el bolo alimenticio pasa al estómago, donde es atacado por jugos gástricos y enzimas, que lo descomponen. El proceso se continúa en los diferentes tramos del intestino: delgado, grueso -colon ascendente, trasverso, descendente-, y recto... Hasta que, finalmente, es expulsado, en forma de heces, al exterior. Un exterior por lo general muy privado -alicatado, crucigrama, cigarrillo-, aunque a veces lo sea en su sentido más literal: Debajo de un pino, o detrás de unas piedras, en el campo. Incómodo, apresurado.

Se sentía flotando; no podía percibir el peso de su cuerpo en el colchón, ni el calor de las mantas; con la sensación de quien ha pasado, con el coche lanzado a gran velocidad, un cambio de rasante, o inicia el descenso en una noria. Las ruedas se despegan del asfalto, el trasero pierde contacto con el asiento de la barquilla. Un instante de descontrol, de incertidumbre, que sabemos pasajero, pero aun así nos sobresalta: ¿Y si esta vez no vuelve el equilibrio, si el lanzamiento fuera así definitivo?, ¿a qué distancia se produciría el impacto?, ¿qué parte de nuestro cuerpo golpearía primero? Muerte instantánea: No sufrí, el pobre, se quedó en el acto, peor lo tienen ahora sus hijos, desamparados. Larga agonía, el corazón es fuerte: La familia destrozada por el cansancio. Los amigos muy pendientes al principio. Los primeros días, la habitación un hervidero donde las enfermeras vienen a poner orden. Después las visitas cada vez más espaciadas. Hasta que, una mañana, todos vuelven a juntarse, esta vez de luto. Acompañan el cadáver y, en grupitos, hablan de tiempos pasados -la infancia, la facultad, amores no consumados, la vida que nos ha llevado por caminos tan distintos. Secuelas: silla de ruedas, cojera permanente, esa cicatriz que tanto afea el rostro. Aunque ya da igual. Las ojeras, las arrugas, la calvicie, la papada hace tiempo que arruinaron todo resto de belleza.

Quiso dar la luz, mirar la hora; pero no supo encontrar su propio brazo, su propia mano; ordenarles que se pusieran en marcha. Esa conexión instantánea del cerebro y los músculos, a través del sistema nervioso. No es que no le obedecieran, es que no estaban. Ninguna de sus piernas, ninguno de sus brazos, tan habituales, tan presupuestos, hacía manifiesta su presencia. No podía asegurar lo mismo de su cuerpo, que estuviese ausente -o presente-, porque no era capaz de palparse, tentarse las carnes en busca de heridas como hacen los toreros después de una cogida, o los que han caído de la moto, al levantarse: Tranquilo, todo está en su sitio, aunque dolorido. Él no sentía dolor, no sentía nada; sólo carencia, el vacío de sí mismo, de lo que le era más propio, su misma consistencia. Solamente la cabeza parecía responderle, aunque la sentía turbia, sin ideas. La resaca -se explicó-, y quiso incorporarse. Nada. Imposible. No podía. Ninguno de los músculos acudió en su ayuda. No sentía más que fatiga, y le entró miedo. Se recostó un instante -imaginó que se recostaba-, tratando de recuperar aliento, para intentarlo de nuevo. Pero no tuvo fuerzas. Le dominó un desánimo absoluto y se rindió; se dejó llevar a un abismo deslumbrante de oscuridad y silencio; entregó su alma. Quiso llamar, María -el nombre de su hija-, pero no tuvo tiempo. Apenas percibió el pesar de la impotencia. Tampoco pudo oír los llantos de Elena gritando: Guillermo, Guillermo, por favor, no me dejes. O, más tarde, convencida ya de lo irremediable, los lamentos: Dios mío, ¿qué voy a hacer ahora?

ALFONSO CEBRIÁN SÁNCHEZ

GLORIA RAVEL EN LA PLAYA

- Y los focos, los focos te cegaban y te daban mucho calor: casi no podía ver al público, pero sentía muy cerca su aliento; había un silencio casi religioso. La orquesta y yo nos acoplábamos a la perfección como si fuéramos una pareja de baile: Bermúdez era un gran músico y le gustaba mucho mi ritmo y el calor de mi voz. *Así abrázame mi amor/ lo mismo que la yedra*. ¿Recuerdas esa canción? Siempre la cantaba. Tenía un repertorio muy amplio, no te vayas a creer, pero *La Yedra* era mi favorita. Y los aplausos, el cariño del público, el escenario repleto de flores; y los ramos en el camerino con sus tarjetas cargadas de insinuaciones. ¡Otra vez fumando! Pero hija, si lo acabas de tirar y ya enciendes otro. Como te decía, hubo un tiempo en que tenía Madrid a mis pies. No era bonita pero sí vistosa, lo que más gustaba era mi porte; siempre he tenido buena estatura, el cabello rubio, liso; había que verme con mis vestidos largos y ajustados; verdes, casi siempre verdes, en todos los tonos, bien escotados por delante; y como siempre he estado proporcionada, no resultaba exagerada, no como esas vedettes, tan bastas; y algunas tan ordinarias, cantando canciones soeces, meneando el culo y provocando a los hombres. Yo no, yo era

cantante y hacía respetar mi arte; y los guantes largos como Rita Haiworth en Gilda. Antoñito Gilabert, tan guapo, tan fino y tan mariquita anunciaba mi actuación: ‘Y ahora, damas y caballeros, distinguido público, tengo el placer de presentarles a la estrella de nuestro espectáculo, la elegante, la gentil, la sin par, ¡Gloooria Raveel!’ . Me gustaba Antoñito Gilabert, pero, hija, era demasiado mariquita y no había manera de conquistarlo. Tenía afición por los jovencitos y, hija, para qué negarlo, alguno compartí con él. Pero era muy celoso y me tenía ojeriza. Que no, mujer, que eso es mañana. Mañana a la una y media te recojo sin falta, no se te olvide. Bueno, pues como te decía, salimos de gira un verano para presentar parte del espectáculo en las capitales de provincia y en algunos pueblos grandes. Nos contrataban para las ferias y ya sabes: la gente va un poquito lanzada, pero yo siempre me he hecho respetar. Una vez, en un teatro de una ciudad cercana a Madrid, me planté y hasta que no echaron a un tío gamberro no seguí cantando: a las demás podrán jalearlas, a mí no. Me dijo Miguel Iranzo, el director, que luciera un poco las piernas, que eso les gustaba a los provincianos; y se me ocurrió ponerme un conjunto de baile negro con incrustaciones verdes, que hacía juego con una falda capa que me quitaba durante la actuación. Cantaba con picardía, y bailando me quitaba la falda, eso que ahora hace la Norma Duval, pero, mira por donde, un tío desde el patio de butacas se pone a gritar: tía buena y otras cosas. Así que me paré, hice callar a la orquesta y dije que no continuaba mientras

no se llevaran a ese gamberro. Oye, el público rompió en aplausos y gritaban ‘¡Fuera, fuera, a la calle!’ . Hasta que dos acomodadores lo sacaron de allí. Estaría bueno. Luego Iranzo me dijo que no se me volviera a ocurrir, que había tenido mucha suerte, que si al público le da por otro lado no sabía qué hubiera podido pasar. Así que, ¿sabes qué hice?, pues rompí el contrato y me fui a Madrid. A mí me iba a venir con ésas; ni Iranzo ni narices. Anda, vamos a darnos un baño, que son ya casi las once y me tengo que ir. Sí, hija, sí, tengo mucho que hacer. ¿Quién saca a hacer pipí a la perra? Además hace mucho calor y este sol no es bueno. Pero, ¿otro cigarrillo? Mujer, que eso te puede perjudicar. Ya lo sé, ya sé que tu marido te dijo que fumaras cuanto te viniera en gana. El pobre, ya, ya lo sé. Y no había fumado en su vida. Una no sabe; pero de todos modos no te beneficia, fumas demasiado. Que ya no tienes otro placer. Ni yo, ¿qué te crees? Tú eras feliz con tu marido; y te hacía cositas, ¿eh? No, yo no: el mío era un bestia. Pero mira, si no hubiera sido tan malo, yo no habría sido cantante. Menudo era, un Oteló, me tenía siempre encerrada; y un roñoso. No me invitaba ni al cine. Y yo trabajando como una negra para que luego, cuando venía por la noche de jugar la partida, se echara encima de mí, con su aliento. Eso con veintitantos años... Tú qué sabes. Y encima estaba enredado con otra del pueblo de al lado. No sé qué le vería. Y encima, para fastidiarme, me decían algunas con retintín: ‘hija, no sé qué le dará; porque lo que es valer, vales tú mucho más’. Y cada día

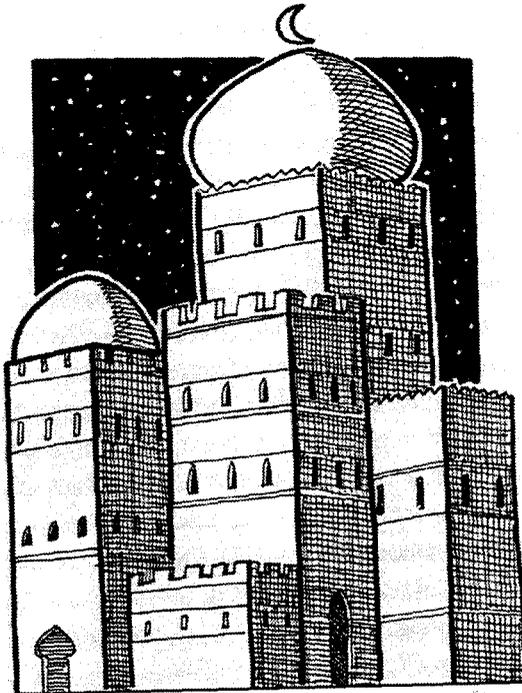
se prolongaban más las ausencias, cada día se preocupaba menos de mí. Muchas noches no iba ni a dormir a casa. Hasta que me largué con Manolito Sánchez, eso sí que no se lo esperaba: él me la pegaba pero yo lo dejé plantado. Y así empezó mi carrera. Manolito Sánchez, ¿nunca te he hablado de él? Manolito Sánchez vivía en Madrid y venía al pueblo todos los veranos. Era muy, pero que muy guapo; además siempre iba muy elegante, ni antiguo ni moderno, eso, elegante. La verdad es que a todas nos atraía un poco, bueno, a decir verdad, a algunas nos fascinaba. Sus modales, su conversación... Se veía a la legua que era un hombre de mundo. Murió de mala manera, pobrecito mío. Ya nos habíamos dejado: era un poco inconstante y yo lo sabía. Las faldas lo perdieron. Pero él me introdujo en el mundo del espectáculo y yo triunfé; y me libré del bestia de mi marido. Como te decía, mi marido siempre me tenía encerrada, pero al final se descuidó. Ya casi vivía siempre con la otra, entonces yo, en vez de amilanarme y llorar como una tonta, empecé a salir. Me iba a la ciudad, al cine, yo sola; y hasta me atreví a ir alguna noche a la sala de fiestas. Quería ver el mundo, los artistas, las cantantes: tan elegantes, tan guapas, con aquellos peinados altos. Oye, yo ensayaba en mi casa delante de un espejo: como siempre estaba sola. Pero cerraba la puerta de la calle, no fuera a venir alguna visita inoportuna. Pues como te decía, me ponía delante del espejo, unas veces envuelta en una colcha, luciendo los hombros; otras me ponía un vestido al que quité las mangas y abrí un poco el escote;

otras veces, me da vergüenza decirlo, pero qué más da, bailaba vestida sólo con la ropa interior. Me maquillaba, me pintaba bien pintada, y bailaba. En ocasiones me sentía querida por el público, porque yo tenía mi público, el humo del tabaco y los aplausos, el éxito. Soñaba y soñaba... Ahora soy muy realista, qué quieres que le haga; pero de joven...

El mar es de un azul cristalino y una leve brisa refresca los cuerpos. Pequeñas gaviotas juegan con los picos de las olas.

-Claro que si no llega a ser por Manolito Sánchez no salgo del pueblo. Me lo puso tan fácil. Al principio de aquel verano estuve algo deprimida: aquel tío ya ni pasaba por casa. Aparecía cuando menos lo esperaba y me daba algún dinero. ‘Toma -me decía- que nadie diga que te falta’. ¿Que si le pedía explicaciones?. No hija, no. Jamás oyó de mí la menor queja. Estaría bueno. Verás. Iba algunas noches a la sala de fiestas y pedía una mesa alejada de la pista de baile, discreta, donde fuera difícil que me viera nadie. Pero Manolito debió verme entrar, el caso es que cuando quise recordar lo tenía delante pidiendo permiso para sentarse y para invitarme a una copa. Si te tengo que decir la verdad, diré que no me desagradó en absoluto verme de pronto a solas con Manolito Sánchez en aquel local; al contrario, me puse muy contenta y, sorprendida conmigo misma, me puse a coquetear con él. Ni que decir tiene que le dije que sí. Pidió champán. Dijo: ‘esto hay que celebrarlo’. ‘¿Pero por qué?’, le pregunté.

Entonces me dijo no sé qué de las venturas que reservan los dioses a los más afortunados y una serie de cosas muy graciosas y que eran muy tuyas. El caso es que pasamos la noche en su hotel y al día siguiente, de madrugada, fuimos a mi casa, recogí lo imprescindible y me fui con él a Madrid.



García 99

JUAN CARLOS PANTOJA RIVERO

LA CITA

Le daba vueltas y vueltas en la cabeza al mismo asunto, pero no lograba encontrar una solución. Estaba seguro de que tenía una cita importante, a las siete y media, eso era indudable; sin embargo, no era capaz de recordar ni el lugar ni el motivo; ni siquiera tenía claro con quién estaba citado. Desde que abrió la tienda, a las cuatro en punto, no pudo dejar de pensar en la cita, sin ceder ni un solo hueco en su mente a otros pensamientos, como era lo normal en las tardes anteriores. El tiempo estaba lluvioso y comunicaba su tristeza lánguida al interior del establecimiento, donde Julián tuvo que encender los tubos fluorescentes para combatir la oscuridad grisácea que invadía la tienda, colándose a través del cristal de la puerta. Con la idea de la cita olvidada fija en sus pensamientos, Julián miraba la calle, por la que transitaban las gentes bajo paraguas de mil colores o cubriéndose la cabeza con las capuchas de sus trenzas. El neón de los fluorescentes aumentaba la sensación de frío e iluminaba falsamente los anaqueles poblados de relojes, las paredes blancas que pedían a gritos una mano de pintura. Al contrario que otros días, Julián no había encendido la radio cuando entró en la tienda, tal vez por el apresuramiento

que la lluvia le había producido, haciéndole correr en los últimos metros para no llegar empapado. Siempre le ocurría igual; si cogía el paraguas, la lluvia se resistía a caer, aunque el cielo fuera de plomo, pero si decidía no cogerlo llovía repentinamente, en el último tramo de su trayecto, y llovía como con desesperación, como si fuera la última vez que iba a llover. Percibió la ausencia de la radio cuando el sonido tenue de la lluvia tras la puerta se convirtió en una música suave, que acompañaba el alternante tictac de las decenas de relojes dispersos por las paredes y estantes. No se oía nada más: tan sólo el áspero raspar de sus pensamientos en lo más profundo de su cerebro. Era el silencio mismo, matizado por los sonidos que la tarde le servía. Julián se concentró entonces y extrajo el monótono golpeteo de los relojes, hasta que lo liberó del acompañamiento. El tictac envuelto en el silencio le devolvió al salón familiar de su infancia, a la mesa camilla y a los atardeceres mudos, estudiando sus lecciones frente a su madre que cosía en silencio, con el fondo del gran reloj de pared, que sólo abandonaba su acompasado martilleo cada quince minutos, para anunciar solemnemente los cuartos, haciendo más pesado el tiempo lento de la tarde.

Desde que entró en la relojería, Julián había estado solo, entre la lluvia de la calle y la blancura enfermiza del neón del interior, dando vueltas a la cita que no lograba recordar, escuchando el fondo confuso de todos los relojes que sonaban a la vez, desacompañados, en una locura sin sentido que les llevaba de paseo por el tiempo, a nin-

guna parte. Y seguía sin traer a la memoria el motivo de esa cita que, estaba seguro, era lo suficientemente importante como para abandonar el trabajo más de media hora antes.

Al cabo de un tiempo que no era fácil precisar, Julián cayó en la cuenta de que no había entrado ni un solo cliente en la relojería, y no dejó de resultarle extraño, porque tenía la sensación de llevar allí varias horas, mirando por los cristales la lluvia que empapaba el suelo gris de la calle, absorto en su contemplación. Entonces, como saliendo de un sueño profundo, observó que no pasaba nadie por delante de la puerta. Sin moverse apenas, dirigió su mirada alternativamente a un lado y a otro, y vio que, en el ángulo que le permitía ver el cristal, no había tampoco ninguna persona; sólo la lluvia, con su repiqueteo incessante, insistía en su tarea inaplazable de humedecer la ciudad. Le pareció raro que no hubiera gente en la calle, pero pronto lo asoció a lo desapacible del tiempo, que invitaba más a quedarse en casa que a salir de paseo o a comprar relojes.

Por primera vez desde que llegó a la tienda huyendo de la lluvia, Julián miró hacia el interior, donde el silencio de la radio apagada se imponía con su sonido de relojes en marcha, y decidió quitarse la gabardina y colgarla en la percha de la trastienda, junto a la mesa en la que yacían piezas de relojes abiertos, a medio reparar, que ofrecían una imagen desoladora, como de sala de disección. Hasta allí apenas llegaba la luz blanca del neón, y Julián tuvo

que encender el flexo de la mesa para localizar sin titubeos la percha. Casi no se percibía en la trastienda el caer monótono de la lluvia, dominado por la cercanía de los relojes, cuyo tictac se imponía en el vacío de palabras y ruidos que rodeaba la estancia. Julián recordó entonces, con la lluvia ausente, que antes de entrar en la tienda sí tenía claros los términos de la cita, incluso fue capaz de asociarla con mucha gente: la cita que había olvidado habría de congregarse a una multitud en un lugar fuera de la ciudad, según creyó en ese momento. Pensó que se trataba de una manifestación en protesta de algo que no conseguía rescatar del olvido, pero pronto descartó la idea, atraído por otra más potente: cada vez que agarraba por los pelos algún asunto que no podía recordar, le daba buen resultado volver físicamente al sitio en el que había conseguido una leve luz que le permitiera el recuerdo. Sin pensar en otra cosa, Julián salió de la trastienda tras apagar apresuradamente el flexo y tirar al suelo, en su precipitación, varias piezas de reloj, de las que había en la mesa, que sonaron metálicas al caer. Llegó a la puerta del establecimiento con la idea de salir a la calle y recuperarse, bajo la lluvia, los restos ausentes de la cita olvidada, pero cuando estuvo ante la salida percibió de nuevo la sensación desagradable de que no recordaba nada, ni siquiera lo que le había venido a la mente en la trastienda, unos segundos antes. La calle seguía vacía, tomada por la lluvia, y Julián sintió un estremecimiento, como si el frío del exterior se hubiera asociado al frío irreal de los tubos fluorescentes.

Pasados unos segundos volvió a reaccionar y, aunque no lograba sosegar la inquietud que le producía el olvido de los detalles de su cita, comenzó a mostrarse dispuesto a hacer que la tarde fuese como cualquier otra. Con decisión, abandonó el cristal de la puerta y, por tanto, su persistente vigilancia del exterior, que le comunicaba con una realidad indescifrable e inquietante a la que nunca se había enfrentado con anterioridad. De nuevo en la trastienda, puso en marcha la radio, siempre sintonizada en la misma emisora, su preferida, la única que combinaba programas de interés con música variada, de todos los estilos, y su rostro modeló una expresión de fastidio al comprobar que no se oía nada. Movi6 el cable nerviosamente, en todos los sentidos; muchas veces los hilos se rompían y no hacían contacto, pero cambiando la posición del cable el aparato volvía a funcionar. Sin embargo, no parecía ser ese el problema, pues la radio seguía muda, escandalosamente en silencio más allá del constante traqueteo de los relojes que ya empezaba a crispár a Julián. Giró entonces el dial en busca de otras emisoras, rápidamente, pero no encontraba ninguna. Volvió a repetir la operación con más lentitud, esperando escuchar los sonidos deslizantes de las voces inconsistentes, de una a otra emisora, sin llegar a concretarse en palabras, como tartamudeos incompletos: no hubo sonido alguno a través de los altavoces del aparato. Absurdamente pensó que tal vez hubieran cortado la luz, y, cuando fue a comprobarlo, percibió el haz triangular que se desprendía del flexo y

bañaba las tripas metálicas y diminutas de los relojes enfermos, sobre la mesa, que le produjeron una extraña sensación, como de lástima. Miró alternativamente a la luz del flexo, retadora en su plenitud, y al aparato de radio, callado en la diversidad de sus emisoras: era incomprensible que no se oyera nada, pero no improbable que se hubiera estropeado. Se acordó entonces del viejo transistor de pilas que guardaba en un cajón del mostrador y, sin perder la calma, fue a cogerlo. Le puso unas pilas nuevas, de las que tenía para los relojes despertadores, y dio vueltas a la ruedecilla que ponía en funcionamiento el transistor, con el mismo resultado que obtuvo antes con el otro aparato: silencio, subrayado por el tictac de cien relojes que le rodeaban; sólo silencio en la más horrible totalidad de la palabra; silencio que no fue quebrantado tampoco al girar la ruedecilla de búsqueda de emisoras. Parecía como si todas las radios hubieran dejado de emitir aquella tarde, igual que las gentes habían decidido no pasar ante la puerta de la relojería, dejando el espacio libre a una lluvia impertinente y continua que daba la sensación de llevar allí toda la vida, sola en una calle vacía en la que no había más presencia humana que la de Julián, quien miraba ahora, un tanto asustado, las tiendas de enfrente, vacías, sin luz, como si fuera ya de noche

Visiblemente abatido, Julián se sentó en la silla alta, giratoria, que tenía tras el mostrador, con la mirada perdida en un punto indefinido, como si pensara en algo muy profundo. Daba vueltas en la cabeza a la sordidez de la

tarde ya avanzada, improductiva, vacía en medio del olvido de su cita. De pronto se dio cuenta de que había pasado el tiempo y tal vez quedara poco para la hora. Instintivamente miró su muñeca izquierda, buscando el reloj, pero no lo llevaba puesto: muchas veces lo dejaba en la mesilla de noche porque le molestaba la cadena, sobre todo en verano. Buscó la hora en los relojes que tapiaban las paredes de la relojería, y observó que cada uno marcaba una hora diferente, casi siempre muy alejada de la que él calculaba que tenía que ser. Sintió un escalofrío cuando dedujo que no podría saber qué hora era, tal vez amplificado por lo desapacible del tiempo, pero luego se echó a reír: estaba rodeado de relojes y no sabía la hora; la paradoja le resultó casi macabra, pues hacía aún más difícil que pudiera asistir a su cita incógnita. Con los nervios tensos ante lo absurdo de su situación, repasó con la mirada cada uno de los relojes, febrilmente, con la esperanza de que alguno indicara la hora de ese instante tan extraño en el que llovía sin cesar, no pasaba nadie por la calle y la radio había enmudecido; pero las horas que veía no eran posibles, instaladas como por capricho entre las diez y las cuatro. Le irritaba el hondo silencio de aquella estancia, roto en mil pedacitos por el sonido constante de los mecanismos de los relojes mentirosos, que se amplificaba en medio de la ausencia de sonidos, sólo subrayada por el fondo rumoroso del agua de la lluvia, tras la puerta. Fuera, la tarde se deshilvanaba desde el cielo, cada vez más oscura y plomiza, como si quisiera acabarse pronto.

Julián se ahogaba en la angustia sin tiempo de la tienda y decidió salir al exterior, en busca de aire; quería alejarse del tictac estridente de los relojes, encontrar alguna pista sobre la cita que tenía y que no recordaba. La calle le pareció extraña, fría, artificial. La lluvia caía con furia y se hacía difícil andar sin pisar algún charco, pero Julián no parecía darse cuenta de ello y avanzaba, corriendo, de una calle a otra. Atravesó plazas, subió cuestas, dibujó callejones retorcidos, sin cruzarse nunca con nadie, sin sentir la más mínima intuición de vida humana a su alrededor. Las casas estaban cerradas, los balcones lucían sus contraventanas de aspecto macizo y las luces de la ciudad estaban apagadas, a pesar de que el cielo era cada vez más negro y la oscuridad se adensaba en torno a Julián. Corría sin rumbo fijo, pero con la seguridad de que llegaría a su cita; ahora no lo dudaba: iba a estar a tiempo en el lugar adecuado, aunque no supiera aún cuál era.

De golpe, comenzó a oír de nuevo el tictac eterno de los relojes, cerca, muy cerca, como si estuviera otra vez en la tienda. No sabía cuánto tiempo llevaba corriendo bajo la lluvia, pero estaba convencido de que era mucho, y pronto constató que su huida había sido improductiva: fue cuando percibió la claridad lunar del neón, abriéndose paso entre las nubes de plomo, arrojada por un ensordecedor silencio ocupado por el golpeteo persistente de los relojes, de los mismos relojes de su relojería, en el vacío atemporal que oscilaba entre las diez y las cuatro, mintiendo la hora en la paradoja de su inútil girar. Julián,

empapado de agua, jadeante tras su recorrido solitario, plantado en medio de la tienda bajo la mirada de cien relojes que parecían sonreír, acababa de recordar los términos de su cita, y ello le dejó helado: era una cita con el último día, más allá del espacio. Lo comprendió todo al sentir la luz neutra de los tubos fluorescentes que iluminaban el momento final de su vida; al escuchar los torrentes de agua que corrían por la calle, desprendidos del cielo; al ver la hora fatídica reflejada en todos los relojes que le rodeaban, marcando ahora las siete y media, de repente; justo en el momento en que sintió cómo se apagaban los neones y cesaba el tictac del silencio, cuando sufrió un extraño mareo y dejó de sentirse vivo.



MANUEL QUIROGA CLÉRIGO

«PALABRAS COMO ESTILETES»

POEMAS A PESAR DE MI MISMO.

Autor: José Elgarresta

Ediciones Vitrubio. Madrid 1998

Surge el poeta de los parques intensos, de los sueños. Va dibujando, paciente, universos y alcobas. Después descubre los afectos, las leyendas humanas, el mundo de los sueños, ciertas historias repletas de ternura y de realidad. Un poeta de hoy, además, va buscando respuestas al viento, a la soledad, a las quimeras. En su libro «Poemas a pesar de mí mismo», publicado por Ediciones Vitrubio, José Elgarresta nos va conduciendo por los territorios de la imaginación, por los paisajes de lo inmanente, por las veredas de lo impredecible. La suya es una poesía de virtualidades, de consciencias, de cuestiones casi míticas: el mundo se mueve alrededor de la palabra, y la transforma, la moldea, la vivifica. Tras el «Aviso para navegantes» («... el contenido del presente libro es tan paradójico y contradictorio como nuestra propia existencia»), se agolpan los versos de «Cedazo de sombras», que comienza con «Inspiración: *«Cuando a veces, vienen,/contra mi voluntad, las palabras/como estiletes perforando la pared frágil del tiempo,/la poesía, ese instante de silencio insoportable/en que todo nos habla ...»*. De «Arte del desencuentro» elegimos «Un instante de placer», una hábil descripción del momento amoroso, el feliz descenso a la intimidad compartida, al supremo deterioro: («... y me digo que acaso no despierte/y sería sin duda la única muerte/que aceptaría...»). Transcurre el poemario por los espacios de algún vitalismo kafkiano; en «Tríptico del absurdo» la palabra se torna crítica, sarcástica, metafórica: «...no

metafórica: «...no hay modo de saber por anticipado/qué señalará la moneda cuando caiga». José Elgarresta es madrileño, nació en 1945, es autor de una extensa obra poética y fue galardonado en 1993 con el Premio Europa por el conjunto de su obra. Los versos de este libro gozan de una especial configuración; el autor va recorriendo los lugares cotidianos, hablando de ellos, reflexionando sobre los instantes prematuros y las cuotas de desamor que existen en cada esquina. La última parte del libro, «Un grito en doce poemas», es una incursión en los mundos exteriores, en las aceras doloridas, en los árboles distanciados, en la efímera salud de la sonrisa. Hay una bella prosa poética titulada «Encuentro en un restaurante» que podría ser una insinuación en torno a las aves más etéreas o a las mariposas más sutiles: *«Volvieron a sus bosques mágicos y durante el vuelo me regañaban por haber despertado»*. Y los sueños, sueños son. «El poema rebelde» dice así: *«Tengo en el corazón un poema que quisiera olvidar/pero no puedo: es demasiado rápido con el cuchillo»*

* * * *

LOS EQUIPAJES DE LA AVENTURA

EXALTACION (DE VIDA)

Autor Fernando García Román

Ediciones Vitrubio. Diputación de Cuenca, 1998

Fernando García Román es un periodista viajero, fotógrafo, poeta. A sus hijos dedica esta nueva entrega poética titulada «Exaltación (de vida)» publicada por Ediciones Vitrubio y el Departamento de Cultura de la Diputación de Cuenca. Es otra incursión en los terrenos de la lírica tras su libro «De la guerra (memoria y vigencia)» que apareció en 1990. García Román es autor, además, de poemarios como «El barco, el tren, el avión», «De los pájaros» y «Crónica imprecisa (de Madrid)». Nacido en Málaga en 1950 su

dedicación a la literatura y al periodismo le ha llevado a viajar por el mundo no como meta profesional sino, también, como experiencia humana: *«Reconoces los equipajes/ de la aventura/ que se bifurca en tu esqueleto»*. «Exaltación (de vida)» es un libro gozoso que dedica a sus hijos, con un contenido de amor paterno, pero, al tiempo, reflexivo y vital, inmerso en esa amplia desazón que es una existencia humana, un palpito siempre renovado por la naturaleza y los afectos. El padre se sitúa ante unos hijos, uno a uno, y va reconstruyendo su propia biografía, su propia configuración como hombre, su capacidad de construir presentes y atisbar futuros. Los hijos, aquí, son la esperanza, la marca que hace posibles todas las sonrisas. *« ... ya creces, impaciente/caracol sin guarismos,/ como tigre que sondea/ los anchos horizontes del espacio estrenado/ con sus tiernos zarpazos;/ ya buscas águilas por la azotea,/ océanos nuevos, explanadas de rosas,/torbellinos de humo y asfalto,/reciente viajero que vislumbra/ los clamores del primer mayo/ en su abierta y rotunda biografía»*. Todo el libro es un solo poema, retazos de una pre-ocupación, estrofas del mismo recorrido por los espacios de la sinceridad y la pasión. En este caso los hijos, pero siempre los mundos cercanos de los universos cercanos, son los protagonistas de una inspiración continua, de una historia remodelada por la ilusión y la paz, tal vez con los refuerzos del silencio, de la contemplación, de la ternura. *«Mágico/destello/arroja tu cuerpo/y cobija/con tu aroma de flor cálida/y su ventana de luz/tu risueña geografía/ que hermana fronteras»*.





ÍNDICE

	<u>pag</u>
<i>Joaquín Benito de Lucas</i>	5
<i>María Antonia Ricas</i>	10
<i>Jesús Pino</i>	11/94
<i>Elisa Romero</i>	13
<i>Mar Peces</i>	17
<i>Amparo Ruiz Luján</i>	18
<i>David Calvo Vélez</i>	20
<i>Enrique Galindo</i>	23
<i>María Dolores Calvo Cirujano</i>	25
<i>Juan Martínez Copeiro</i>	29
<i>Carmen Gil</i>	34
<i>José Pulido Navas</i>	35
<i>Carmen García-Lecua</i>	39
<i>Miguel Ángel Curiel</i>	42/90
<i>Joaquín Copeiro</i>	45/88
<i>Gonzalo Ramos Díaz</i>	51
<i>Vicente Bodas Chico</i>	54
<i>Alexander Doblado</i>	59
<i>Jesús Rubio</i>	61/104
<i>Isabel González-Tablas</i>	63
<i>Ana Isabel Rodríguez Ortega</i>	66
<i>Antonio Illán</i>	68
<i>Manuel Quiroga Clérigo</i>	71/135
<i>José Díaz García-Baltasar</i>	73
<i>Jesús Ortiz</i>	75
<i>Paco Morata</i>	79/117
<i>Javier Conde Pascual</i>	80
<i>Maritza Josimcevic</i>	83
<i>Felipe Hernández Ponos</i>	85
<i>Damián García Fente</i>	99
<i>Fernando Joya</i>	110
<i>Alfonso Cebrián Sánchez</i>	120
<i>Juan Carlos Pantoja Rivero</i>	126



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo

